

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

M. de



PARIS. — TIPOGRAFIA DE J. BEST, CALLE SAINT-MAUR-SAINTE-GERMAIN, 15.

EL

CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

TOMO VIGÉSIMOTERCERO.



PARIS

ADMINISTRACION GENERAL

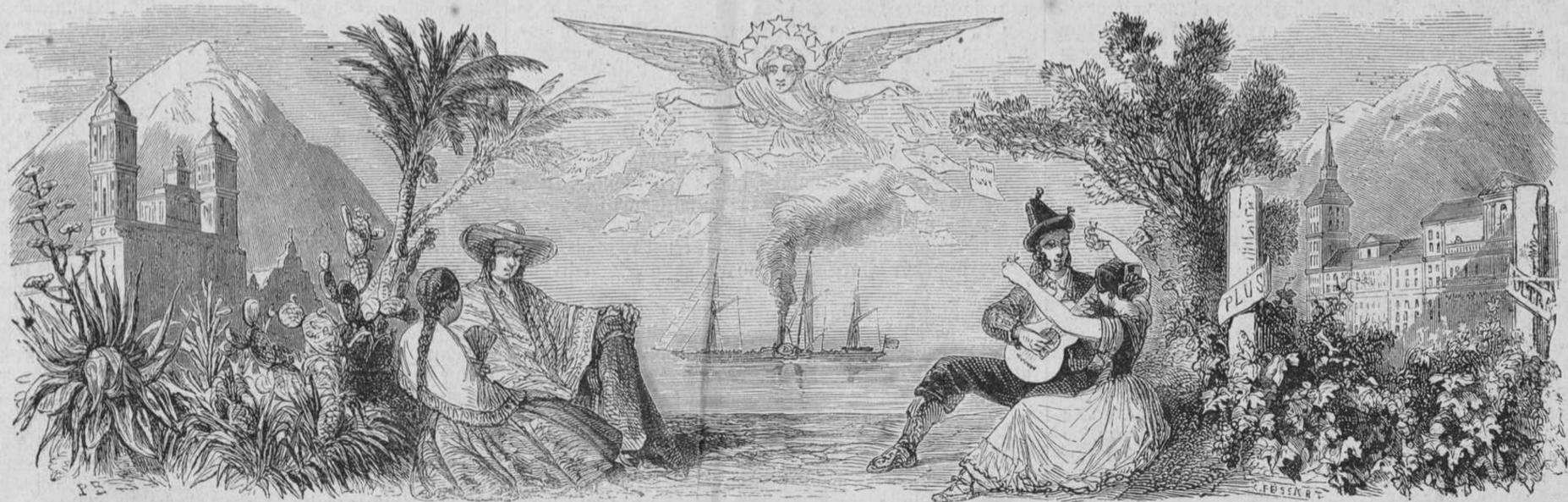
X. DE LASSALLE Y MELAN, EDITORES PROPIETARIOS

PASSAGE SAULNIER, N° 4.

1864

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1864. — TOMO XXIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.
Administracion general, passage Sautnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 23. — N° 573.

SUMARIO

Mas pormenores sobre la cuestion del Schleswig-Holstein; grabado. — Un duelo de M. de Lamartine en Florencia. — Datos estadísticos comparativos de Madrid, Paris y Lóndres. — Sucesos de América; grabados. — Revista de Paris; grabados. — Propiedad literaria. — La Birmania; grabados. — Paris y Lóndres en 1793. — Inauguracion de las obras del lago Platten en Siskok; grabados. — Batida de jabalíes en la Champaña; grabado. — Revista de la moda. — El conde de Gracia; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado. — Bendicion de la corbeta escuela de los pupilos de la marina en Brest; grabado.

Mas pormenores

sobre

LA CUESTION DEL SCHLESWIG-HOLSTEIN.

Nos es preciso insistir en esta oscura cuestion de los ducados, á fin de descubrir su causa y su secreto origen: el puerto de Kiel, objeto de las ambiciones de la Alemania, explica la efervescencia de las poblaciones de ultra Rhin; la Alemania tiende evidentemente á ser una potencia marítima. El puerto de Kiel se halla en el Holstein, y al pronto parecería que las miras de la Confederacion no llegarían mas allá de ese ducado; pero si se estudia la situacion topográfica del puerto de Kiel, se verá que se halla en el fondo de un golfo que se asemeja á la vasta embocadura del Escalda. Sobre la orilla derecha se extiende hasta Erkenfort el territorio del Schleswig, que forma como una especie de promontorio. Por una de las puertas del paso se adelanta, enfrente de Friedrich-Ort, una lengua de tierra que le domina. La ocupacion del puerto de Kiel no puede tener pues para la Alemania una ventaja positiva si la Ale-



Federico, duque pretendiente del Schleswig-Holstein.

mania no posee al mismo tiempo el Schleswig.

Ahora bien, ¿cuál es, en los dos ducados llamados alemanes (el Holstein y el Schleswig), el verdadero sentimiento de la poblacion? ¿Está por la Dinamarca ó por la Alemania? Dícese que el pueblo propiamente dicho es danés, y que por el contrario, la nobleza tiene aspiraciones germánicas; como la Constitucion de la Dinamarca no permite el sostenimiento de los privilegios, los nobles del Holstein y del Schleswig tienen un interés personal en libertarse de esa Constitucion y en declararse por la Alemania, mas clemente con el régimen feudal. En ambos ducados los nobles poseen privilegios exorbitantes; nombran directamente á los jueces de paz, á los guardas campesines, etc., todo depende de ellos. De aquí, repetimos, sus simpatías por la Alemania: si entramos ducados quedasen incorporados á la Dinamarca, como trataba de hacerlo el difunto rey Federico VII, aquellos nobles no tendrían mas derechos que los que la Constitucion danesa concede á todos los ciudadanos.

Por lo que dejamos dicho acerca del puerto de Kiel, se ve que la cuestion del Holstein resuelta en parte por la abrogacion del decreto del 30 de marzo, desaparece ante la cuestion del Schleswig, que se halla hoy en tela de juicio. Aquella medida no dejó satisfecha á la opinion pública en Alemania. Los periódicos alemanes no vacilan en decir que el decreto estaba anulado en cierto modo desde que el gobierno danés habia promulgado la Constitucion del 18 de noviembre.

Este decreto del 30 de marzo obligaba al Holstein á contribuir á todas las cargas de la monarquia, y le privaba de toda influencia en el gobierno. El gobierno danés retirará esta ley ante las amenazas de la dieta de Francfort, y cuando se creía que todo estaba acabado, todo vuelve á empezar. «No hay que perder de vista, dice un diario de Berlin, que en este conflicto se trata mucho menos del Holstein que del Schleswig, el cual, en virtud de la Constitucion del 18 de noviembre, se halla incorporado á la monarquia danesa,

lo cual constituye á los ojos de la Alemania una violación de los tratados. » Esto significa que la Alemania quiere absolutamente el puerto de Kiel, y á eso se reduce toda la cuestión.

Entre tanto se ha decidido en Francfort lo que llaman en lenguaje diplomático la *ejecucion pura y simple*. En virtud de esta decisión las tropas federales ocuparán el Holstein, que conservarán como una prenda hasta que se resuelva la cuestión amistosamente.

En el próximo número publicaremos el mapa geográfico del Schleswig-Holstein, y entre tanto damos hoy el retrato del pretendiente á la soberanía de esos dos ducados.

E. T.

Un duelo de M. de Lamartine

EN FLORENCIA (1).

..... Poco antes de mi salida de Francia para ocupar mi empleo diplomático en Florencia, murió en Grecia, jóven aun, el mas grande, al menos en mi concepto, de todos los poetas modernos. La muerte le sorprendió cuando iba á llevar á cabo el único acto generoso, desinteresado, heroico, que podia hacer olvidar con la virtud las excentricidades y los extravíos juveniles tan insensatos como censurables de su vida. Fácilmente se comprende que mis palabras aluden á lord Byron, de aquel proscrito voluntario de su familia y de su patria, que tuvo suficiente valor, como el héroe del Tasso, para abandonar algo mas precioso que Armida, para volar á socorrer á la sombra de un pueblo, sin otro móvil que su amor á la humanidad y su amor á ese fantasma que llamamos la gloria.

A su llegada á Missolonghi con dinero y con armas, el cielo le negó la ocasion de ilustrar dos veces su nombre de poeta aumentándole el timbre de héroe, de hombre de Estado y de libertador de la Grecia. Si viviera hoy, todas las probabilidades hacen creer que no buscaría un rey.

Lord Byron debió los primeros favores de la fama á la publicación de su poema en cuatro cantos, ó mejor dicho, una gran excentricidad poética, tan original y tan vagabunda como su imaginación, titulado: *la Peregrinacion de Child Harold*. Esta obra era como un *lai des sirventes*, como una leyenda de la edad media, cuyos únicos episodios eran sus impresiones y sus amores, los delirios que á su calenturienta imaginación habían inspirado las diversas regiones que había recorrido.

Este poema incendió, por decirlo así, las imaginaciones de sus contemporáneos, con mas ó menos intensidad, segun la mayor ó menor cantidad de combustible que tenia cada uno. La mia fué de las que mas se encendieron, y la impresión que entonces recibí, ni los reveses, ni las vicisitudes prosáicas de la existencia, nada ha podido borrarla, ni tan siquiera debilitarla en mí. Las llagas del fuego sagrado no se cicatrizan nunca en el corazón de los poetas.

La muerte de lord Byron fué para mí un verdadero duelo. Aun recuerdo la mañana en que mi madre me anunció este suceso. Me encontraba en Macon, y aun estaba en el lecho, cuando mi buena madre, conociendo mi pasión hacia aquel Tasso y aquel Petrarca de los ingleses reunidos en un solo hombre, conociendo, repito, el efecto que produciría en mí la inesperada noticia, entreabrió con cuidado las cortinas de mi cama, y me anunció la catástrofe del poeta con la misma precaución que si tratara de algun individuo de mi familia. En su fisonomía se revelaba el dolor que presentaba en mi corazón. Mi duelo fué muy grande con efecto; jamás me he consolado de esta pérdida; siempre he echado de menos en el cielo de la poesía de nuestro siglo esta *estrella eclipsada*. En vano había escrito esa parodia del amor que se llama *Don Juan*. Este poema es un desahogo de cólera y de cinismo contra si mismo; hizo lo que san Pedro negando á su Maestro; pero Dios deplora y perdona estas debilidades. Su poesía es eterna, porque llora mejor que rie. Su nota sensible se apodera del alma como una *armónica celeste*. Los nervios sufren, pero el corazón vierte gotas de sangre, y estas gotas son las delicias de los corazones sensibles.

Fuertemente agitado y conmovido por esta pérdida, tuve la idea, en general bien desdichada, de pagar un tributo á la gloria del rey de los poetas contemporáneos continuando este poema con el *Quinto canto de Child Harold*. Lo escribí de un tiron, demasiado á prisa, como todo cuanto he escrito y he hecho en la perpétua improvisación que algunos llaman mi vida, á no ser cuando el acontecimiento que apremia no deja tiempo para deliberar: en este caso el mejor consejero es la inspiración.

Suponia que lord Byron vivía aun, y que el genio que le había inspirado los cuatro primeros cantos de su poema inspiraba á su estro el relato de su propia muerte. Descontento de la somnolencia de la Italia, al abandonarla el poeta le enviaba su adiós impregnado de amargas reconvenções. Pero en mi plan, no salía este

(1) M. de Lamartine acaba de publicar una obrita titulada *Fior d'Aliza*, en cuya introducción, hablando de la impresión que produjo en su ánimo la muerte de lord Byron, cuenta como escribió el *Quinto canto de Child Harold*, la sensación que sus versos causaron en Italia, y como consecuencia de ello su desafío con un coronel, que tuvo lugar en la orilla del Arno, en las inmediaciones de Florencia. Creemos que nuestros lectores verán con gusto este interesante fragmento.

M. U.

adios de mi boca, sino de la suya, de acuerdo con los exagerados sentimientos que él había expresado tantas veces en prosa y verso, sentimientos de los radicales ó de los carbonarios extranjeros, con los que mantuvo cordiales relaciones mientras permaneció en Venecia, en las orillas del Po ó en las del Arno.

Hé aqui los versos á que me refiero:

« ¿A dónde va?... Se dirige hacia la cuna del sol; pero ¿qué le mueve á llevar en su barco ese terrible aparato de guerra? »

« Va con el corazón entusiasta, impregnado de magnánima fe, á conquistar una tumba en el desierto de Soliman; ó avanza como el peregrino apoyado en su bordón á lavar sus manchados pies en las tranquilas ondas del Jordan? »

No, la duda es la doctrina del escéptico Harold: ni la cruz ni la media luna cubren su pecho. Júpiter, Mahoma, héroes, grandes hombres, dioses. (¡perdónale, Dios mío!) no son á sus ojos mas que un fantasma impotente que ha creado el error, sueños mas ó menos puros que adora un vano delirio, y de los cuales la soberbia razón despeja el horizonte siglo tras siglo con su divina luz.

Jamás ha besado el polvo de ningún altar, sus labios no murmuran la mas corta oración. El dios que adora Harold, es ese supremo agente, ese Pan misterioso, problema insoluble, grande, limitado, bueno, malo, que bajo tan distintos aspectos revela á sus miradas el universo. Ser sin atributos, fuerza sin providencia, que ejerce al azar un ciego poder sobre todas las cosas, verdadero Saturno que procrea y devora sus hijos, que hace el mal sin rencor y sin amor el bien, sin mas designio que un eterno capricho, sin exigir ni fe, ni ley, ni sacrificio alguno, entregando el débil al fuerte, el justo á la desgracia, y del cual dice la razón: « ¿Es ó no es? »

Agrupados sus compañeros sobre la cubierta del barco, no hablan entre sí de fe ni de martirio, ni de los santos prodigios que ha operado la Cruz, ni de los pecados absueltos en los lugares consagrados.

Apóstoles de un evangelio mas arrogante, resuenan en sus labios palabras de otro género. Gloria, honor, libertad, grandeza, derechos humanos, muerte á los tiranos sagrados degollados con sus cuchillos, desprecio de las preocupaciones, socorro á los oprimidos, venganza y sobre todo guerra; siguiendo por todas partes a la errante libertad, van á Oriente á responder al grito que les ha lanzado para romper las cadenas que la abatida Grecia agita sobre una raza impia al despertarse; van á ver levantarse entre los surcos inundados con su sangre un pueblo muerto; van á ver reanimarse el cadáver envuelto en el sudario de la opresión.

El primer rayo de la aurora, dorando los mástiles, juguetea con las ondas purpurinas, con las ondas que, despertándose al fresco soplo de la mañana, forman en torno del barco sureos de espuma que se deshacen en seguida. La vela hinchada por el viento corre y pasa de cerca por la costa de Italia. Harold despierta: ve en lontananza ensancharse los azulados contornos del horizonte romano; ve salir del fangoso lecho del Tiber una rugiente ola que parece orgullosa al contemplarse en libertad; ve á Soracta elevando su cumbre en los aires aparecer en seguida, única y majestuosa, allí donde cayó á sus pies el universo.

Mas allá, en los confines de esta caduca Europa, en este eden del mundo en donde Parthenon se extinguió, descubre su mirada como un eterno faro que ilumina los mares, el humeante Vesubio: semejante á la lejána claridad de un moribundo incendio, su llama, abatida por un instante durante el día, lanza al volver la noche torrentes de luz; el mar, copiando sus reflejos, parece enrojecido, y los vientos, al agitar este sublime penacho como la columna inflamada de un templo que se desmorona, inclinan sobre Paesto, hasta que asoma el alba, esta columna de fuego, que siempre parece próxima á hundirse y que jamás acaba de caer.

Al sombrío resplandor de este inmenso faro Harold recorre los linderos del antiguo Eliseo, cambiado en un desierto, en un desierto que ostentando los restos de su destrozado suelo, no conserva del celeste eden que copiaba en la tierra mas que los astros sin nubes, un firmamento despejado y sereno.

Pero al llegar cerca de la tumba en donde duerme el cisne, cambia el barco de rumbo, y Harold, sumido en profunda tristeza, ve á lo lejos confundirse en el horizonte el cielo y el Océano: aquellas inmortales riberas no tardan en desaparecer de sus ojos, se desvanecen como las nubes al suave soplo de la brisa, como un nombre que se pierde en las remotas edades.

— « ¡Italia! ¡Italia! adiós; adiós, riberas tan amadas: mis desilusionados ojos te pierden para siempre. ¿Qué hacer en tus colinas, nación que vives del pasado? Después de contemplar tus arcos de triunfo y tus gloriosas ruinas, después de hallar algunos nombres en la urna de la muerte, en vano se vuelve la vista hacia los seres que viven en tu seno. Todo duerme, todo: hasta los recuerdos de tu antigua historia: ¡te llenarían por lo menos de rubor en presencia de tu gloria pasada! ¡Todo duerme, y sin embargo el universo está despierto! El siglo avanza, y en su marcha impetuosa todo lo agita, todo lo arrastra: el scita y el breton, guiados por el brillo de tu nombre, abandonan sus áspersos climas y pueblan tus riberas; pero al llegar á tus ciudades, contemplándolas con miradas de desprecio, no te reconocen, y con amarga sonrisa se preguntan en vano en presencia de tus arcos grandiosos, de tus templos, de tus palacios, de tus puertas triunfales, qué es lo que significa tu inmensidad, si aguardas á otro

César. ¿Porqué la sombra de un pueblo ocupa tanto espacio? exclaman asombrados. ¿Y sufres sin vergüenza una afrenta tan terrible? Pero ¿qué digo? en vez de indignarte sonríes ante el insolente bárbaro, le vendes los rayos de tu sol, que tanto ama; poseída de un despreciable orgullo, le enseñas tú misma tu rico suelo cubierto todavía con las huellas de tus héroes, los antiguos paredones en donde el eco repite sus nombres, los mármoles preciosos mutilados por el hierro del bárbaro, los bustos, con los que su orgullo te compara, de tus fecundos campos los supérfluos tesoros, y hasta el cielo que te alumbraba, pero que te desconoce.

Ruborízate... Pero no; ¡triumfa aspirando á una frívola gloria!

Todavía se canta al pié del Capitolio: las manos que sustentaba el hierro, cetro inmortal de los romanos, debilitadas hoy, solo tienen la lira y el pincel. Sabes ¡oh Italia! fabricar pérdidas voluptuosidades, dar á las voces de tus Armidas cantos mas dulces, animar los colores bajo un pincel que palpita, ó formar con el buril sobre el mármol las imágenes de los héroes que, apenas trazadas, se convierten en otras tantas acusaciones de tu triste presente; tu lengua, modulando sonidos melodiosos, ha perdido la aspereza de tus rudos antepasados. Amable como un adulador, falsa como una esclava, tus cadenas han debilitado su nervioso y grave acento, y como la serpiente, cuyas falanges se amoldan á todas las sinuosidades del terreno por donde se arrastra, destinado á una larga esclavitud, se prostituye de la manera mas servil, y exhalándose de los labios, sin fuerza, extenuado, no hace mas que adormecer el alma y acariciar los sentidos.

Monumento arruinado que solo habita el eco, polvo del pasado agitado por un estéril viento; tierra en donde los hijos han perdido la sangre de sus padres; en donde los hombres hacen viejos; en donde el acero envilecido no hiere mas que á traición; en donde sobre las frentes encubiertas se descubre una nube sombría; en donde el amor no es mas que un cebo y el pudor una carga pesada; en donde la astucia se refleja en las miradas; en donde las palabras enervadas no son mas que un ruido sonoro, la última vibración del trueno que ha estallado muy lejos. Adiós. ¡Llora tu postración ensalzando á tus héroes! En otras playas donde la gloria ha reanimado sus huesos (perdonadme, sombras de los romanos) voy á buscar hombres, no polvo humano, que es lo que dejo en tus ciudades y en tus campos.

El canto continúa, pero basta lo que he copiado para el objeto que me propongo al referir el incidente que ha motivado este recuerdo.

Yo era secretario de la embajada en Nápoles, y en 1822 abandoné esta capital. También salí de Roma, y aprovechando una larga licencia pasé una temporada en París. Por entonces publiqué *la Muerte de Sócrates*, las *Segundas Meditaciones*, y escribí después de la muerte de lord Byron el quinto canto del poema de *Child Harold*.

En este poema figuraba que el poeta inglés, al dirigirse á Grecia para pelear y sucumbir, lanzaba una terrible invectiva á la Italia para mostrarle su abatimiento, su postración, su voluptuosa esclavitud: este apóstrofe concluía como han visto mis lectores, calificando á los italianos de *polvo humano*.

Los mismos poetas de esta nación, *Dante*, *Alfieri*, habían dicho cosas mas duras aun á su patria. Por otra parte, estas reconvenções no era yo quien las hacía, sino lord Byron, y á fe que no igualaban á los fuertes apóstrofes que en sus composiciones había fulminado contra Italia.

Mi poema produjo una gran sensación que se extendió á Florencia, á donde yo llegué dos meses después en calidad de primer secretario de legación.

Apenas circuló la noticia de mi arribo, se elevó contra mí una viva emoción patriótica. Se tradujeron mis versos, separándolos del cuadro en donde perdían toda su fuerza, se repartieron profusamente en los salones, en los teatros, entre el pueblo; se publicaron artículos en los periódicos y folletos poniendo de manifiesto la insolencia del gobierno francés, que enviaba para representar á Francia en el centro de la Italia liberal y literaria, á un hombre que con sus versos había ultrajado á este país. El escándalo fué grande, y durante algun tiempo me vi proscrito por todas las opiniones. Por entonces había en Florencia algunos desterrados de Roma, de Turin y de Nápoles, que se habían refugiado en el suelo toscano después de las tres revoluciones que acababan de encenderse y extinguirse en su patria. Entre ellos se encontraba el coronel Pepe, uno de los oficiales mas distinguidos del ejército que había formado parte de la expedición á Rusia de Napoleón. A sus cualidades militares reunía la de ser un escritor de talento.

Tomando á su cargo la defensa de su patria, publicó un folleto contra mí, cuyos términos no me permitían aceptar ni el honor de mi país ni el de la posición que ocupaba. Le exigí satisfacción y nos batimos en una pradera en la orilla del Arno á media legua de Florencia.

Los dos éramos maestros en el arte de la esgrima; pero el coronel mostraba tanta fogosidad como yo sangre fría. El combate duró diez minutos, durante los cuales halló la punta de mi espada cinco ó seis veces descubierto el pecho del coronel; pero no le toqué porque estaba resuelto á dejarme matar antes que arrebatarme la vida á un bizarro soldado acerbado de heridas, por una causa que no era personal y que en el fondo hacia honor á su patriotismo. Al mismo tiempo pensaba yo que si tenía la desgracia de matarle, me vería

obligado á salir para siempre de Italia, y despues de cruzar las espadas varias veces, el coronel me atravesó de una estocada el brazo derecho. Acto continuo me trasladaron á Florencia, y al cabo de un mes me hallé completamente curado de mi herida.

Los duelos son castigados de muerte en Toscana, y el nuestro fué demasiado notable para que el gobierno pudiese simular ignorancia de él. Mi calidad de representante de una potencia extranjera me hacia inviolable; pero la calidad de refugiado político agravaba la situacion del coronel Pepe. Se le buscaba por todas partes, y yo escribi al gran duque, principe dotado de un alma grãnde y generosa que me honraba con su amistad, le escribi para suplicarle que no fuera proscrito de sus Estados el coronel, ni molestado por un suceso que yo habia provocado de dos maneras. El gran duque cerró los ojos, y el público admirado de mi proceder y entristecido por mi herida, me aplaudió la primera vez que me presenté en el teatro. Unas cuantas gotas de sangre lo borraron todo, y en adelante fuimos buenos amigos mi adversario y yo. El coronel volvió despues á su patria y llegó á ser general.

Un amigo mio que desde el primer momento se habia interesado vivamente en la cuestion, escribió algunas páginas reposadas haciendo una defensa casi judicial de mis calumniados versos. Pero yo no quise abogar con la pluma despues del fallo de la espada, y no consentí la publicacion de esta defensa hasta que pude firmarla con la gota de sangre que produjo mi duelo nacional, de ningun modo personal.

Permitanme mis lectores que reproduzca algunos párrafos de esta defensa como documentos justificativos de aquel original proceso literario.

« Varios escritos recientemente publicados en Italia han interpretado mal uno de los pasajes del quinto canto del poema de *Child Harold*, y como estas interpretaciones han afligido profundamente al autor del poema, creemos oportuno rectificarlas. Las personas imparciales apreciarán sin duda los motivos del silencio que M. de Lamartine ha guardado hasta ahora y la exactitud de las observaciones que nosotros hacemos.

« Un autor no debe jamás salir á la defensa de sus propias obras; pero un hombre que se respeta no puede menos de vengar sus sentimientos equivocadamente interpretados. Fiel á este principio no ha respondido nunca M. de Lamartine á las criticas literarias que se le han dirigido; pero rechaza con razon opiniones y sentimientos que solo el error ha podido imputarle.

« El pasaje inculpada es una imprecacion poética contra la Italia en general, imprecacion que pronuncia *Child Harold* en el momento en que abandonando para siempre las comarcas de Europa, victimas tantas veces de su misantropia y de su odio, se lanza hácia un pais en el que su imaginacion desilusionada le ofrece nuevas emociones. Esta imprecacion es como todas, y contiene lo que la imaginacion de un poeta inventa en tales casos, es decir, lo mas general, lo mas exagerado, lo mas vago contra el objeto ó el pais sobre que descarga el poético furor de su héroe. Si se desea tener una idea exacta de lo que son estas figuras poéticas, léanse las diatribas de Alfieri contra la Francia, sus costumbres, sus habitantes; las imprecaciones de Corneille contra Roma; las del Dante, Petrarca y casi todos los poetas italianos contra su propia patria, y aun las del mismo lord Byron contra algunos de sus compatriotas; léanse en fin los satiricos de todos los siglos desde Juvenal á Gilbert. Estos fragmentos no han probado otra cosa que el mas ó menos talento de sus autores para emplear los colores de su cuadro, que el ingenio que han aplicado contra determinadas épocas y paises; es decir, no han hecho nunca mas que abstracciones inofensivas.

« La imprecacion del quinto canto de *Child Harold* no ha sido nunca la expresion de los sentimientos de M. de Lamartine respecto de la Italia.

« Estos versos no es él quien los pronuncia, sino su héroe, su héroe que es la encarnacion del mismo lord Byron, tipo enteramente opuesto al de nuestro poeta. En todo el mencionado canto no hay cuatro versos que sean la expresion de los sentimientos personales de M. de Lamartine. Aun hay mas; este canto estaba destinado á ver la luz pública como escrito por el mismo lord Byron y traducido para darlo á conocer como un fragmento oportuno del mismo poema.»

A estas aclaraciones añadió mi defensor otros argumentos no menos poderosos; expuso que en el prefacio del quinto canto en cuestion habia yo cuidado de expresar que no era yo, sino Harold, quien hablaba, manifestó los grandes motivos que yo tenia para amar al pais que el personaje de mi poema maltrataba, el afecto profundo y la veneracion que sus grandezas pasadas me inspiraban, y concluyó dando á entender que si rechazaba la acusacion que se me hacia de haber insultado á una nacion, no podia menos de defender mi honra en todos los terrenos, explicando de esta manera mi duelo llevado á cabo por mí á pesar de no juzgarme merecedor de las ofensas que se me habian inferido; y de protestar contra la duda de los que me acusaban.

El incidente terminó de un modo satisfactorio como he dicho.

A. DE LAMARTINE.

Datos estadísticos comparativos

DE MADRID, PARIS Y LONDRES.

La poblacion de Madrid excede hoy de trescientas mil

almas, habiendo dado el censo de 1860 298,429 habitantes, ó sea mas de 17,000 de aumento sobre el censo de 1857. En los dos últimos años el crecimiento de la poblacion no ha sido menor.

Londres, que contaba en 1851 2.362,236 habitantes, segun el censo de 1861 tiene 2.803,334. Es un aumento de 19 por 100 durante todo el decenio y de 1,90 por año. La poblacion de Paris ha recibido en igual periodo un aumento de 61,03 por 100, que es un 6,10 por 100 anual. En 1651 tenia 1.053,262 habitantes; en 1856 1.174,349, y en 1861 1.696,141.

Madrid, bajo el punto de vista de la poblacion, ocupa el sétimo lugar entre las capitales europeas. Hé aqui el número de habitantes de las mas principales:

Capitales.	Habitantes.	Capitales.	Habitantes.
Londres.	2.803,334	Copenhague.	155,143
Paris.	1.696,141	Munich.	148,201
Constantinopla.	715,000	Hamburgo.	134,022
Berlin.	547,571	Dresde.	128,150
S. Petersburgo.	494,656	Stokolmo.	116,972
Viena.	512,000	La Haya.	81,393
Madrid.	298,426	Francfort.	75,452
Lisboa.	276,000	Brema.	67,217
Turin.	205,000	Hanover.	61,832
Roma.	184,049	Atenas.	60,000
Bruselas.	177,954	Stuttgart.	52,000

Pero no ocupa el mismo lugar la poblacion de Madrid entre las capitales europeas, cuando se toma por base de la comparacion la relacion en que se encuentran el número de sus habitantes y la poblacion total del pais á cuyo frente se hallan. Bajo este concepto Madrid es de las últimas, pues solo cuenta el 19 por 1,000 habitantes de la poblacion total del reino, cuando Londres figura por 95 en cada 1,000.

Las capitales tienen dos maneras de ser: una puramente artificial, en la que tienen influencia decisiva los actos legales del pais, y es la que le presta su categoria oficial; otra propia, independiente de este carácter, y es la que determinan sus condiciones naturales y sus elementos de trabajo. La capital que tiene importancia por ambos conceptos, forzosamente ha de ofrecer un número extraordinario de habitantes con relacion al resto del pais, por cuanto en ella se reunen, por una parte, las grandes masas que reclama el mantenimiento de su industria y comercio, y por otra, las numerosas y diferentes clases que atrae en torno suyo el gobierno supremo de todo Estado. Por esto Londres ocupa el primer lugar en el cuadro que antecede. Londres, al mismo tiempo que la capital de una gran nacion, es uno de los primeros centros mercantiles y manufactureros de Europa. Por esto tambien figuran en sitio tan preferente Lisboa y Paris, situada la primera en la desembocadura del Tajo, y considerada la segunda como una de las ciudades industriales de mas importancia.

Madrid es una corte y no un centro comercial. Aunque la diferencia es muy poco notable, en la poblacion de Madrid domina el sexo masculino, habiendo 149,558 varones y 148,868 hembras.

En Londres la superioridad numérica es de las hembras. En 1851 se registraron 119 mujeres por 100 hombres. Paris se halla en el mismo caso que Madrid. El predominio corresponde á los varones, y esto es lo que parece mas conforme con las condiciones particulares de las grandes capitales, á causa de las crecidas guarniciones y gran número de alumnos de todas clases que encierran, prescindiendo de su poblacion flotante, que suele ser muy numerosa y componerse en su mayor parte de varones.

Esta poblacion flotante representa en Madrid el 5,4 por 100 de la establecida. Asi se desprende de las siguientes cifras que dan á conocer la clasificacion de sus habitantes segun su naturaleza.

Establecidos permanentemente en Madrid 280,732 nacionales y 2,449 extranjeros. Transcuentes 14,982 nacionales y 263 extranjeros.

En esta masa de poblacion hay 176,322 solteros, 93,632 casados y 26,472 viudos.

El gran número de solteros se explica por la numerosa guarnicion y la universidad.

De los solteros hay 93,207 varones y 83,115 mujeres; entre los matrimonios 49,115 casados y 46,517 hembras, y de los viudos 7,236 pertenecen al sexo masculino y 19,236 al femenino.

La clasificacion por edades de la poblacion de Madrid es muy interesante.

La poblacion crece extraordinariamente al llegar á las edades medias. Los varones mueren antes que las hembras por las profesiones y riesgos de su existencia.

De esta masa de poblacion hay 4,839 varones que saben leer y 10,013 hembras; 95,799 hombres y 33,111 mujeres que saben leer y escribir, y 48,900 hombres y 83,744 hembras que carecen de instruccion.

Como se ve, entre los varones solo la tercera parte no sabe leer y escribir, y entre las hembras apenas exceden de la mitad las que se encuentran en este caso.

Mas interesante es todavia la clasificacion por oficios y profesiones de la poblacion de Madrid. Es la siguiente:

Eclesiásticos, 855; asistentes al culto, 127; religiosos: varones, 115; id. hembras, 1,111; empleados activos, 5,257; id. cesantes y jubilados, 1,909; militares activos y de reemplazo, 13,120; id. retirados, 1,679; armada: activos, 141; id. matriculados, 24; marina mercante: capitanes de buques, 10; marineros, 8; catedráticos y profesores, 403; maestros de enseñanza particular, 254;

primera enseñanza: maestros, 285; id. maestras, 315; niños concurrentes á la escuela, 6,740; niñas concurrentes á la escuela, 5,540; colegiales de primera y segunda enseñanza, 1,171; alumnos de segunda enseñanza, 3,103; id. de estudios superiores, 2,879; id. de carreras especiales, 824; abogados, 1,604; escribanos y notarios, 130; procuradores, 71; médicos y cirujanos, 871; boticarios, 212; veterinarios y albéitares, 211; dedicados á las bellas artes, 331; arquitectos y maestros de obras, 172; agrónomos y agrimensores, 35; propietarios, 8,080; arrendatarios, 1,065; dedicados al comercio, 5,788; fabricantes, 354; industriales varones, 11,866; id. hembras, 6,291; empleados en ferro-carriles, 1,320; artesanos varones, 29,144; id. hembras, 15,228; mineros, 29; jornaleros en las fabricas: varones, 1,347; id. hembras, 344; jornaleros de campo, 16,997; sirvientes varones, 18,427; id. hembras, 26,544.

Existen 2,262 pobres de solemnidad; 111 sordo-mudos y 917 ciegos é imposibilitados.

En lo que Madrid deja mucho que desear es en la cuestion de edificios. En el casco de la poblacion hay 6,905, algunos de los cuales no merecen el nombre de edificios, sino de miserables albergues, y en las afueras 1,434 entre lugares y casas. De los 6,905 edificios, 363 son de un piso. 906 de dos, 1,232 de tres, y 4,402 de cuatro, cinco y seis.

En Londres pasan de trescientos mil los edificios. En Paris pasan de treinta mil las casas. El número de familias en Madrid se aproxima á 66,000, en Londres son 534,000.

En el interior de la metrópoli inglesa existen siete grandes parques, que con razon son llamados *los pulmones de Londres*, y son muy raros en ella los edificios de mas de dos pisos, aunque ya se empieza á darles mayor elevacion, como lo prueba la distinta proporcion en que han aumentado el número de los habitantes y el de las casas. El aumento de los primeros desde 1841 á 1851 ha sido de un 21 por 100, y el de las segundas no ha pasado del 17.

En la superficie de Madrid se hallan comprendidos los terrenos ocupados por el Retiro, Jardin Botánico, huerta y convento de Atocha, Montaña del Principe Pio y Campo del Moro, y que forman un total de 270 hectáreas; pero como todos estos sitios se encuentran ya en las afueras de Madrid, lejos de considerarlos como terrenos dirigidos á favorecer su salubridad y circulacion, vienen á demostrar que la poblacion de Madrid todavia se halla mas aglomerada de lo que indican las cifras arriba consignadas, porque distribuido el número de sus habitantes entre las 508 hectáreas que comprende la parte de Madrid verdaderamente habitada, resultan 587 habitantes por hectárea y 16 metros cuadrados por habitante. Es una densidad de poblacion cuyos inconvenientes se comprenden con facilidad con solo recordar que los buenos principios higiénicos consideran necesarios 40 metros cuadrados por cada habitante.

En cuanto á Paris, su superficie era en 1851 de 3,402 hectáreas, y en 1861 comprendia ya 7,806. Ahora bien: desde 1852 á 1861 se han hecho 50,417 construcciones, y en 1862 5,447; total 55,864. Es cierto que se han demolido 11,192 casas; 10,143 desde 1852 á 1861, y 1,049 en 1862; pero en último resultado ha habido un exceso de 44,672 construcciones, que representan un número mucho mas considerable todavia de viviendas ó habitaciones, por cuanto las casas nuevamente construidas pueden ser habitadas por mayor número de familias que las antiguas.

Así es que si consideramos las construcciones y demoliciones ocurridas en Paris desde 1º de octubre de 1861 á 30 de setiembre de 1862, resulta solo á favor de las primeras un exceso de 1,819, y sin embargo, las viviendas ó habitaciones han aumentado en número de 12,669. Análogos resultados ha ofrecido el año anterior, y como cada dia aumentan en grandes proporciones estas cifras, ha llegado ya á experimentarse baja en el precio de los alquileres, á pesar del constante aumento de la poblacion de Paris.

En Madrid el precio de los alquileres es, por el contrario, cada dia mayor, porque sus construcciones, sobre no ser tan numerosas como reclama el aumento de la poblacion, resultan muy costosas á causa del extraordinario valor que tienen los terrenos por las dilaciones que sufre el ensanche de la poblacion, y á causa tambien del subido precio á que elevan las primeras materias y los salarios los impuestos de aduanas y de consumos.

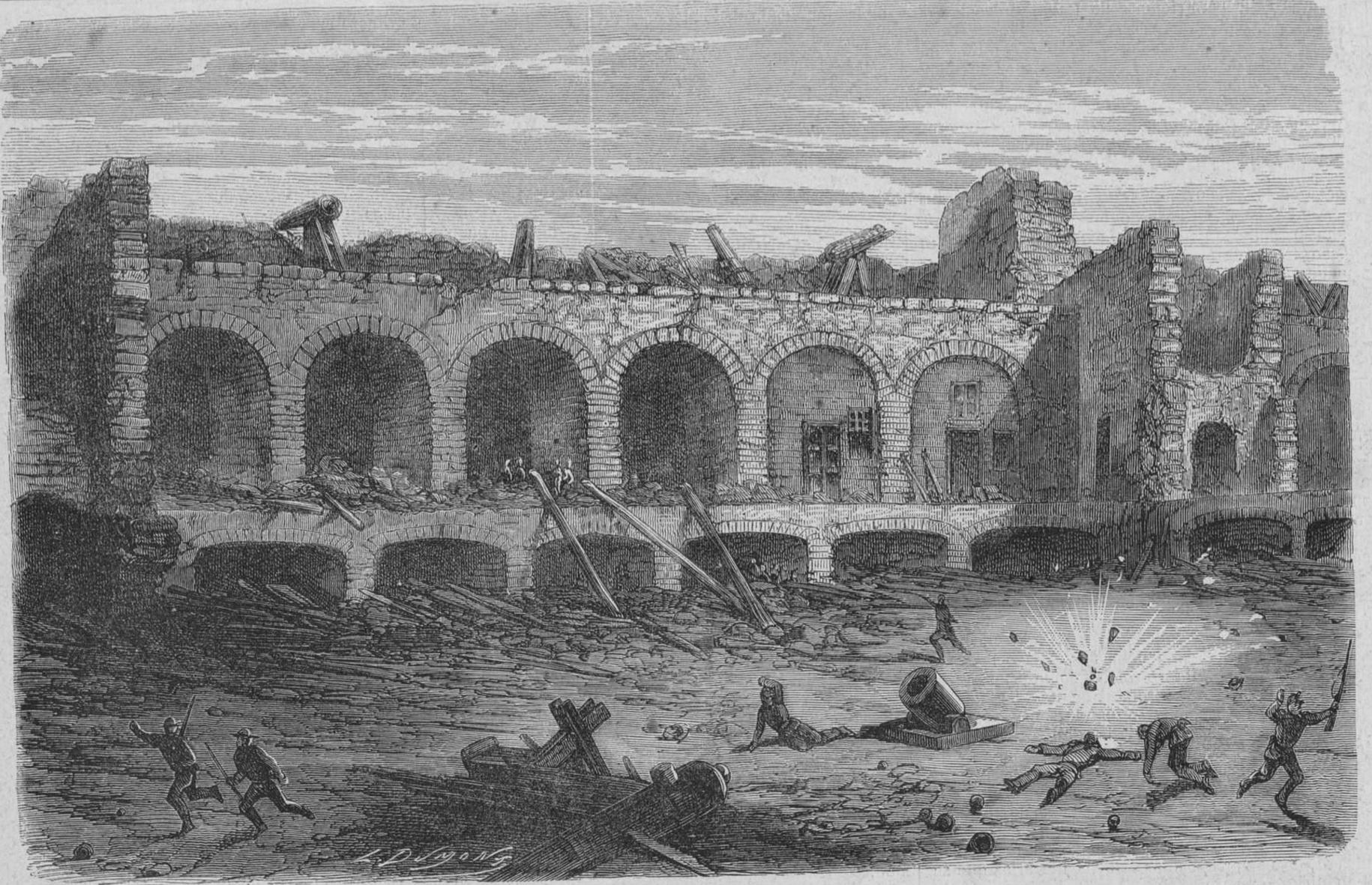
L. E.

Sucesos de América.

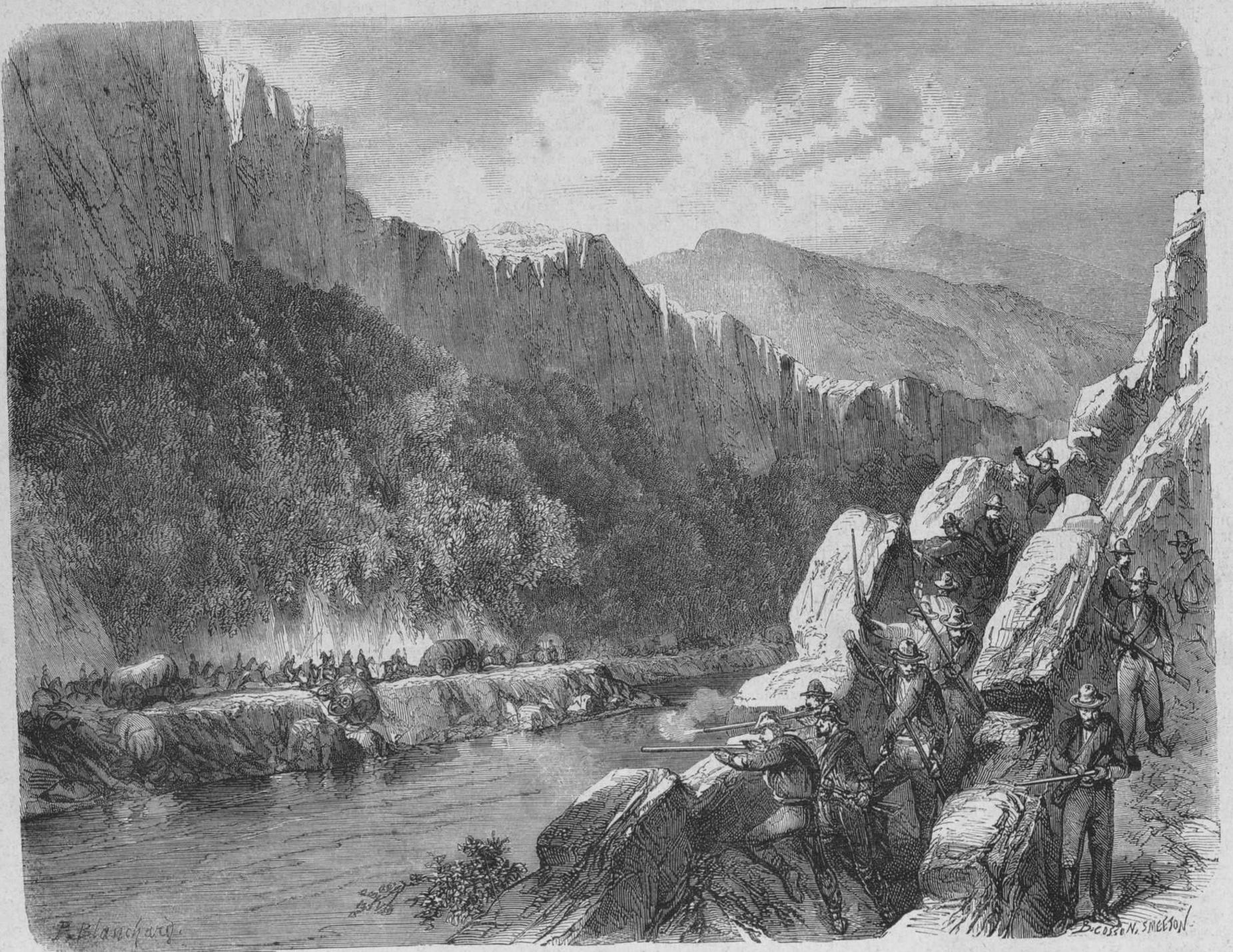
Nueva York 25 de noviembre.

Desde mi última carta los sucesos han continuado siendo favorables para nosotros. La crisis, aunque lentamente, se acerca al fin. Uno de nuestros auxiliares mas poderosos es el hambre que destroza al Sur. La Virginia se halla completamente aniquilada; es una especie de cadáver que vamos á conquistar, pero muy luego le devolveremos la vida. Conocidos son los elementos de vitalidad que posee el yankee.

Por el pronto casi faltan completamente en Richmond las subsistencias, y varios condados de la Virginia no pueden mantener á sus habitantes. Esto lo hemos sabido de una manera oficial por las relaciones establecidas entre Washington y Richmond sobre los prisione-



ESTADOS UNIDOS. — Bombardeo del fuerte Sumter (Charleston).



Convoy federal atacado por una guerrilla de confederados en las márgenes del Tennesseé.

ros unionistas (hay 14,000 en la capital de los Estados confederados), y varios de estos que nos han sido devueltos ó que han logrado escaparse, se han presentado

en nuestro territorio en tan fatal estado, que su aspecto solo nos decia las privaciones á que se hallan sometidos los virginianos. No sin trabajo se ha obtenido que nues-

tros pobres prisioneros reciban del Norte cincuenta mil raciones de carne. Se enviarán; pero ¿llegarán á sus destinos? Esta falta de víveres proviene no solo de una



La carga de tarjetas.



Las sorpresas del día de Año nuevo.



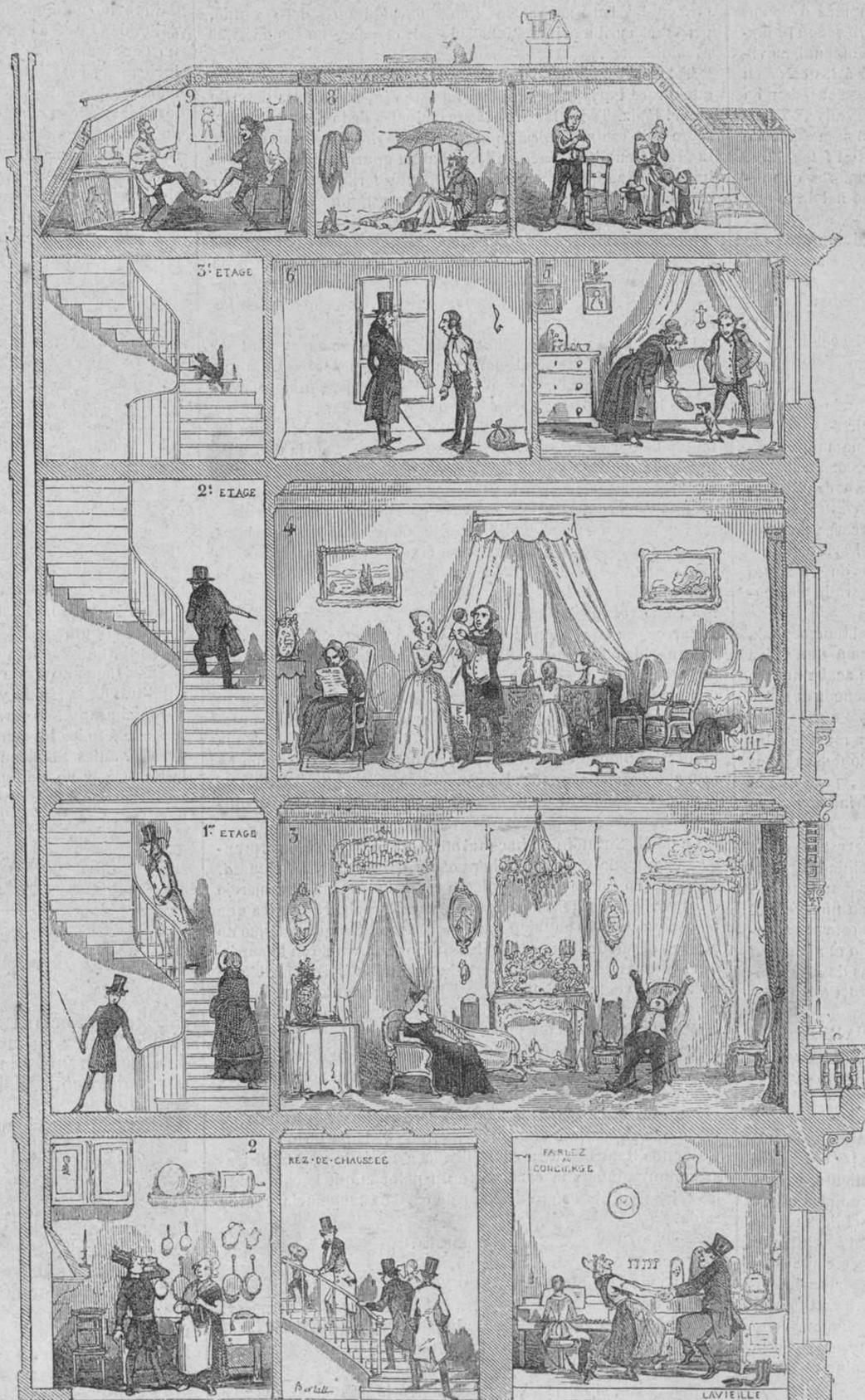
La carga de regalos.



Visitas al coronel.



Retrato de una portera durante el año.



Retrato de una portera á fines de diciembre.



Cocinera buscando aguinaldos.



El tambor de la compañía recitando sus felicitaciones.

Vista de una casa parisiense el 1º de enero de 1864. — (Véase la Revista de Paris.)

mala cosecha, sino tambien de la dificultad de los transportes por causa del bloqueo, círculo de hierro establecido sobre todas las corrientes de agua por el Norte, y de la aglomeracion de poblaciones en ciertos puntos,

principalmente un millon quinientos mil negros, rechazada á medida que se invadian los territorios esclavistas. El sitio de Charleston se prolonga, y sin embargo no escaseamos pólvora ni balas; pero tenemos que com-

batir malditas fortificaciones de arena en las cuales se entierran los proyectiles, al paso que las brechas se cierran por si mismas. He sacado un dibujo del fuerte Sumter, donde se puede ver que se halla bien desmantelado,

pero no es nuestro todavía. Jefferson Davis pretende que Charleston es inexpugnable; seguramente se le probará lo contrario.

Las guerrillas, aunque disminuyen en número, nos dan bastante que hacer; se ponen de emboscada en los caminos y a la orilla de los ríos, y hacen descargas de rifles contra los convoyes y los vapores que pasan a su alcance. Un convoy importante que escoltaba uno de mis amigos por las márgenes del Tennessee, fué atacado de ese modo hace algunos días. Este amigo que salió bien del lance por milagro, es el autor del adjunto dibujo.

W. S.

Revista de Paris.

Hé aquí el primer día del año 1864 con su correspondiente séquito de agasajos, de sonrisas, de apretones de manos, de sempiternas felicitaciones; ese día tan apetecido por todo el que tiene algo que esperar, día de ruido, de movimiento y de animación en que se celebra un armisticio entre las envidias y los odios, y siquiera por veinte y cuatro horas se admira en Paris el soberbio espectáculo de una reconciliación universal. Dos semanas antes se conoce ya la proximidad de este día bendecido por todos: las mujeres y los niños se extasían de júbilo. Los confiteros, los vendedores de fruslerías ruinosas, los joyeros, los empleados, las cocineras, las porterías, los aspirantes a la cruz de la Legión de Honor, los mozos de café, los aguadores, las nodrizas, toda la cohorte en fin, de los que alargan la mano, se regocija y concibe esperanzas que se realizan mas ó menos al acercarse la fiesta de Año nuevo. El 1º de enero todo el mundo está autorizado, no obstante la prohibición de mendigar vigente en el departamento del Sena, para subir a las casas en busca de aguinaldos. ¡Qué de escenas curiosas se suceden en el interior de las habitaciones! Un dibujante observador, M. Bertall, ha tenido la feliz ocurrencia de trazar en una serie de cuadros varias de estas escenas con una exactitud fotográfica, orlando su composición de varios tipos impecables que reproducimos como una muestra cómica al par que fiel de lo que es una casa parisiense el día de Año nuevo.

La acción de esta comedia principia al rayar la aurora; ese respetable matrimonio que se incorpora en la cama, dormía con un sueño profundo, cuando un ruido singular despierta sobresaltados a los dos esposos: eran sus hijos que entraban a cumplimentarles con motivo del día de Año nuevo, y para ello traían un cartelón cuajado de letras mayúsculas y dictado por el maestro de escuela. Un vestidito nuevo y algunos juguetes recompensarán esta agradable sorpresa.

No hay nada mas risible ni burlesco en el mundo que una víctima del primer día del año yendo a distribuir sus favores. El grave personaje figurado al lado de esta escena matinal es una de esas víctimas cargadas de regalos que recorren las calles de Paris asemejándose a tiendas ambulantes y cruzándose con los mozalbetes de muchas relaciones que se contentan con dejar tarjetas en las porterías de las casas. La carga de estos últimos es menos pesada para el bolsillo y para el brazo.

¿Hay nada mas heroico que la actitud de esos dos valientes de la guardia nacional que se encaminan a la morada del coronel para recitar su felicitación estereotipada?

Y a propósito de la guardia nacional, hé aquí el tambor de la compañía dibujado de mano maestra; este declama una larga letanía en presencia de cada miliciano, que no se acaba nunca, pues el felicitado se apresura a cortarla con una moneda de cinco francos.

A su frente Bertall coloca una robusta cocinera muy engalanada, que despues de haber recibido el aguinaldo de sus amos se dirige a las tiendas donde hace sus compras, para que la paguen una especie de prima, sin la cual no tendrían segura su parroquia.

Existe en Paris una clase de gente tan poco interesante como interesada, la clase porterial, que entre otras cualidades por el estilo, posee la de saber operar una metamorfosis completa con una rapidez incomparable. Bertall ha diseñado con una verdad increíble el retrato de un individuo hembra de esta raza, copiado en una parte como se presenta durante todo el año, y en otra tal como se ofrece a los inquilinos en vísperas de Año nuevo. Esta doble fisonomía nos ahorra todo género de explicaciones.

Un tipo muy notable falta en esta colección, y es el del cartero parisiense, que cobra sin distinción de pobres y de ricos un aguinaldo semi-obligatorio. Este no se presenta con las manos vacías, sino que comienza por entregar un almanaque, el libro del porvenir que todo el mundo recibe gustoso. No a todos ofrece el mismo; a los especuladores les entrega el Almanaque de correos, a los sabios el Almanaque de gabinete, a las señoras el Almanaque de las Gracias; es hombre de discernimiento, y tiene horror a la confusión de las clases. Tampoco de todos puede prometerse un agasajo igual; cuando M. de Rothschild anuncia un empréstito, recibe durante la emisión de quince a veinte mil cartas diarias; hay periódico en Paris que puede contar con veinte y cinco mil cartas cada trimestre; el director de las loterías autorizadas por el gobierno, recibe cien mil en la quinena que precede a cada sorteo; ¿cómo estos parroquianos que dan tanto trabajo a su cartero le han de recompensar con la módica suma de cinco francos que cuesta por término medio al simple particular el referido almanaque?

Reparado este olvido trascendental en la historia dibujada de las socialías parisienses del día de Año nuevo, vamos a entrar en la casa.

En el piso bajo todo el mundo está de buen humor; la cocinera que ha vuelto ya de su excursión dirigida contra el bolsillo de sus abastecedores contribuyentes, está obsequiando a su futuro, que sirve en los cazadores de Africa, con unas copitas de madera de las destinadas a sus guisados. Al cabo y al fin

el agua abunda en la fuente, y no por esa sustracción andará escasa la salsa. El portero satisfecho de su colecta baila una polka con su cara mitad, en tanto que su hija abusa cruelmente del piano. La escalera está invadida por los visitantes.

En el piso principal reina despóticamente un aburrimiento iuvencible: es un mal crónico que engendra la seda y el terciopelo.

En el segundo hay menos riqueza, y por lo tanto mas actividad. La madre se ocupa de sus hijos; el padre admira con delicias una de sus obras; la cuñada lee un periódico junto a la chimenea, y otros tres vástagos de esta dilatada familia se entretienen en destrozar los juguetes que acaban de regalarles. Nada mas apacible que este interior; sin embargo, no se vaya a creer que en todos los pisos segundos de Paris existe una felicidad tan inalterable: la dicha y la desgracia se introducen juntas por do quiera, lo mismo arriba que abajo.

En el piso superior tenemos una catástrofe de la vida privada; es un deudor visitado por un alguacil, y en la imposibilidad de satisfacer lo que debe; triste soledad entre las cuatro paredes de una habitación desguarnecida de todo cuanto hace falta! Como contraste vemos al mismo nivel un buen hombre que vive de sus rentas, exento de cuidados, y que se entretiene con su ama de llaves en dar de comer al perrito, que es la alegría de la casa.

Por último, en las guardillas un desdichado acaba de maltratar a su mujer y a sus hijos, por todo alimento; un poeta se guarece con su paraguas de la lluvia que traspasa su techo, y dos alumnos de la escuela de bellas artes tratan de calentarse como pueden, en razon de que el carbonero no les fia ya ningun combustible. En todo hay lección aquí, hasta en la escalera; los poderosos bajan de su carruaje y suben al piso del aburrimiento; el hombre económico con su paraguas bajo el brazo y las manos en los bolsillos va a visitar a los habitantes del segundo, pero mas arriba principia la soledad, el pobre no tiene visitas ni aduladores.

Tal es el espectáculo de la vida interior; en cuanto al cuadro que ofrece Paris exteriormente en este día, no es para descrito con el lápiz. Todas las arterias principales de la gran ciudad, y sobre todo esa vía única en el mundo de los boulevares desde la Magdalena hasta la Bastilla, se hallan guarnecidas de tiendas improvisadas que forman una inmensa feria. Paris está animado cual nunca: todos los colegiales están de vacaciones, y las familias se ocupan en pasar revista a las tiendas, que ostentan en sus muestras todo lo mejor que poseen. Los puestecillos al aire libre proporcionan a miles de pobres un recurso para pasar el invierno, pues en efecto, cuando la estación no es demasiado inclemente, pueden realizar buenos beneficios en los días que dura la feria.

En las tiendas de fama estos beneficios son inmensos. En todo el mes de diciembre se prepara al público con pomposos anuncios en los diarios, con exposiciones de objetos, con novedades que si logran la boga, hacen en unsantiamen la fortuna de sus inventores. Este año el vaudevillista-confitero M. Siraudin ha tenido la idea de personificar el primero de año bajo la figura de una hada (la hada de los bombones), una muñeca de azúcar de grandes dimensiones, primorosamente hecha, vestida con un gusto exquisito de terciopelo y encaje y toda cargada de brillantes en la cabeza, en el cuello, en el pecho y en la varita mágica que ostenta en una mano. Dicese que esta hada va a ser enviada a San Petersburgo, como antiguamente se mandaba cada año la Muñeca de las Modas, para que las señoras rusas supieran cómo vestían las parisienses.

Parece ser que ya en el siglo XVIII hubo otra muñeca célebre que hizo la fortuna del confitero que la dió a luz, tanto gustó a las señoras de Versalles. Esta muñeca era un autómata de un mecanismo sumamente ingenioso. La habían colocado en medio de la confitería, y cuando se acercaba a ella un comprador y la preguntaba de qué dulces debía tomar, los ojos de la muñeca se ponían en movimiento, y con la varilla que tenía en la mano señalaba uno de los canastillos que la rodeaban. No hay para qué añadir que todos obedecían riendo a esta divinidad mecánica.

La de M. Siraudin no hace tal oficio, pero en cambio sorprende a cuantos la ven por su hermosura, su gracia y su riqueza.

Aguzando así su entendimiento seduce y fascina el comercio a los parisienses. ¡La novedad! Hé aquí la palabra mágica que todos invocan. No hay tienda de cualquier clase que sea que no ofrezca al público estos días algo nuevo. Sobre todo en lo supérfluo, la novedad es efectivamente la condición indispensable de una buena venta. ¿Cómo tentar a los recalcitrantes con lo que todo el mundo ha visto y conoce? La excusa para no dar nada está en la punta de su lengua.

A propósito de avaricia, hé aquí la costumbre de un hombre célebre por su sordidez, que nunca fué tentado ni por lo antiguo ni por lo moderno en este día.

Era este un millonario anciano que se había arreglado de modo que se servía a sí mismo de criado y de portero.

Cuando llamaban a su casa él salía a abrir la puerta disfrazado, muy pintada la cara y con un pelucon que le caía sobre las cejas; su librea era de color de castaña muy sucia y muy raída.

— ¿A quién busca Vd.? preguntaba.

Y cuando daban su nombre, añadía:

— ¿Y qué le quiere Vd.?

Si la respuesta a esta pregunta daba a conocer un acreedor, un solicitante, uno que pedía aguinaldos, el máscara decía invariablemente:

— El amo ha salido.

Ahora bien, si se trataba por el contrario de tomar en vez de dar, jamás nuestro hombre dejaba de recibir a la gente.

El 1º de enero de cada año se divertía en contar y recontar lo que habria gastado en los aguinaldos.

Por fortuna para los pobres a quienes se debe como una limosna esa propina del día de Año nuevo, los tipos de esta especie son muy raros.

Esta gran solemnidad de principios de año tan celebrada en Paris, nos daría materia mas que suficiente para concluir la

revista de esta semana, si no debiéramos cumplir a nuestros lectores la promesa de ocuparnos en analizar una nueva comedia representada en el Teatro Francés con un éxito que ha sido desgraciado, contra las esperanzas generales. Ya sabemos que se titula *la Casa de Penarvan*, y que se debe a la pluma de un célebre escritor académico, M. Jules Sandeau.

La Casa de Penarvan se conocía ya en el mundo literario en forma de novela. El libro encierra la historia de una hermosa y altanera joven, Renée de Penarvan, de corazón de hierro, de carácter indómito, de naturaleza orgullosa y viril, mujer de otras épocas en quien ha sofocado toda sensación el respeto a los muertos y el fanatismo de la nobleza. Esta heroína es una esposa indiferente y una madre cruel, que se casa solo con la idea de salvar su nombre. Su marido muere en la guerra y le deja una hija, cuyo nacimiento fué considerado por la madre como una calamidad, pues una mujer no puede hacer revivir el nombre de los Penarvan; y esta criatura, repelida desde la cuna, educada en un castillo desmantelado en compañía de una madre altanera, de un anciano abate y de los retratos de sus abuelos, acabaría por morir de enojo si no lograra romper con las tradiciones de su familia. El desenlace de la novela se debe a una niña, ante la cual se humilla por fin el orgullo de la abuela.

M. Jules Sandeau ha tomado la primera parte de su obra para trasladarla al teatro en forma de comedia.

Comienza por mostrarnos la triste morada de los Penarvan donde se ha retirado Renée, la última hija de esta raza ilustre, habiendo muerto su padre y sus tres hermanos gloriosamente en las guerras de la Vendée.

Renée al quedarse sola jura que nunca abandonará el nombre de su casa. A su lado figura el digno abate Pirmil, que ha consagrado a la familia un culto ardiente, y que escribe con fanatismo la historia de esa raza de héroes.

Pero hé aquí que en el momento en que el abate deplora la ruina de esa casa célebre, viene a saber que existe en el mundo un Penarvan, de la rama segunda, y que es un Penarvan revolucionario, casi impío, y de todos modos tan indiferente a su nobleza, que cultiva los campos como un labrador y frecuenta los aldeanos con gran escándalo de un anciano sirviente llamado German, hombre de instintos muy aristocráticos; en fin, para que el horror del abate llegue al colmo, se trata del casamiento de este Penarvan con la hija de Michaud, un molinero rico y astuto enemigo de los nobles y de los privilegios.

¡La hija de Michaud vizcondesa y marquesa de Penarvan!

A esta noticia Renée se exalta, y aunque jamás ha visto a su primo, no permitirá que deshonre su nombre.

Con efecto corre a encontrarle; el labrador la ve, se prenda de sus gracias, y ella, por salvar del olvido a los Penarvan, se casa con el rústico labriego.

Pablo, que este es su nombre, adora a su mujer, mas el infeliz no sabe en qué lazo ha caído; Renée solo considera en su esposo al jefe de su familia, que debe respetar y continuar las tradiciones de sus antepasados. Este filósofo amigo de Voltaire y de Rousseau tiene que batirse «por la buena causa,» y al volver herido de su expedición al campo realista, encuentra a su mujer con la misma frialdad con que la había dejado.

Pablo ya no tiene fuerzas para mas, se resignará a vivir solo, lejos de la mujer que ama; pero esta, enternecida por fin ante aquel dolor, cae en los brazos de su esposo, y el abate se dice que no será él quien acabe la historia de los Penarvan.

Esta comedia ha sido estudiada concienzudamente, los artistas han consagrado a ella todos sus cuidados, la empresa del Teatro Francés no ha escaseado gasto alguno para ponerla en escena, el autor no ha faltado a ninguno de los ensayos; — y no obstante, todos se han engañado aquí: el público ha condenado irremisiblemente y con justicia esta producción, por la inverosimilitud de la fábula y de los caracteres, por falta de interés, por lo chocante, en fin, de ese fanatismo de nobleza que se sobrepone a todos los sentimientos. Ha sido un golpe deplorable; pero M. Jules Sandeau es uno de los talentos privilegiados de la Francia, y no dudamos que el día que le parezca oportuno, sabrá borrar el desastre de *la Casa de Penarvan* con otra obra maestra como *Mademoiselle de la Seiglière*.

MARIANO URRABIETA.

Propiedad literaria.

Segun anuncia el *Diario de los Debates* del 28 del mes último, ocupa en la actualidad la atención del consejo de Estado francés la cuestión de la propiedad de las obras del genio, del talento, de la imaginación y del sentimiento, discutiendo un proyecto de ley que le ha presentado el gobierno, deseoso de acreditarse por la iniciativa de adelantamiento y mejora en todas las materias.

Se está agitando otra vez esta cuestión, que en todas partes tiene unos mismos términos, se plantea de idéntica manera, se tropieza con iguales dificultades en su resolución: el derecho de los autores por un lado, la conveniencia pública, las exigencias de la civilización por otro, el rigor de los principios y el temor de sus aplicaciones, la decisión en el terreno teórico y la timidez y la diversidad en el de la legislación, y una esperanza de mejora en el porvenir. Un verdadero nudo gordiano que no permiten nuestros tiempos que corte la espada de ningun Alejandro, sino que ha de desatar la experiencia de los tiempos y la pericia de los sabios.

La antigüedad no pudo fijar toda la atención que se merece el derecho del autor para darle la sanción y el respeto de lo tradicional é indisputable; desconocía los términos en que se ha presentado posteriormente cuando la emancipación de la esclavitud, el descubrimiento de la imprenta y la universal difusión de los conocimientos ha hecho mas apreciado el servicio del escritor, mas

asequibles sus obras á todas las fortunas, mas lucrativa la remuneracion, y mas facil que la percibieran los que no la acreditan; mas necesario por lo tanto el determinar la cualidad y los limites del derecho del autor, de los editores ó impresores y del público.

En la época en que empezaron á plantear este problema las reclamaciones de los autores, el poder discrecional de los reyes y de los consejos tenia un medio muy expedito para resolver esta clase de cuestiones sin grandes esfuerzos de imaginacion: este medio fué crear el privilegio de los autores de imprimir y publicar sus obras durante un determinado número de años, que discrecionalmente tambien segun las circunstancias se prorrogaba.

Desde que se despertó el espíritu de exámen filosófico de las bases en que descansa el órden político y social, atentos los escritores y estadistas á sustituir á lo arbitrario y ligero del sistema de los privilegios con la fijeza de la justicia y la racionalidad de la utilidad pública, que establece el limite del poder del Estado y la garantia de los derechos del individuo, estudiaron instigados por las necesidades de su propia posicion, la materia de que nos estamos ocupando, llevando á ella como á todas las demás, reglas de criterio que no siempre estaban fundadas en verdaderos principios ni en exactas apreciaciones.

Generalmente se resolvieron porque el autor tenia un verdadero derecho de propiedad sobre su obra. Asi desde los primeros albores de la revolucion decia Turgot: la propiedad literaria es la primera, la mas sagrada, la mas imprescriptible de todas. En el mismo sentido y con mas vehemencia, si cabe, se expresaban Diderot, Lakanal, el conde de Portalis y otros autores no menos célebres.

Desde entonces tambien la consideracion del bien y de la inmensa utilidad que reportan al público los pensamientos del sabio, las creaciones del artista, ha sugerido los derechos que han llamado del público y de la civilizacion; derechos mas ó menos incompatibles con el de la propiedad literaria; derechos que en su menor expresion se oponen á la circunstancia natural y legitima de la propiedad, que es su existencia perpétua, suponiendo que no hay razon para permitir que los sucesores remotos del autor priven los beneficios de la difusion de sus obras por medio de una elevacion de precio que seria en sus manos un verdadero monopolio, y para que la reparticion del pan del espíritu esté sujeta á su arbitrariedad; y en su mas lata exageracion contrarian la propiedad del autor, porque parten del supuesto de que los pensamientos y las ideas son el patrimonio del público, que los necesita como la luz del sol para iluminarle en sus pasos, son dones de la Divinidad á la cual solo deben agradecerse.

Hasta ahora la consideracion primera ha privado el que se decidieran por aconsejar la limitacion en la propiedad literaria y artistica los autores mas distinguidos de todas las naciones, que sin embargo la deseaban libre. M. de Lamartine decia en su último esfuerzo en favor de la perpetuidad: « Pido cincuenta años por los derechos de la inteligencia, porque juzgo que no ha llegado el momento de concederle mas; pero el dia que proclameis la perpetuidad de la propiedad, habreis emancipado el pensamiento humano. »

Reflejando el pensamiento de los estadistas y sus vacilaciones en el terreno de la aplicacion, todas las legislaciones han venido á reconocer el derecho de los autores de disfrutar durante su vida del producto integro que les reditue la impresion de sus obras asegurandoles la exclusiva; todas han asimismo admitido como consecuencias de la propiedad, la enajenacion que permite obtener en un momento el equivalente del resultado total que con el tiempo podrian conseguir, y la sucesion segun la voluntad expresa ó la tacita de aquellos, es decir, el derecho de utilizar el producto de la concepcion literaria ó artistica, obra de la naturaleza y de su constante laboriosidad y esfuerzo para dolar la subsistencia de aquellos seres mas queridos de su corazón.

Pero despues de la muerte del autor, olvidando pronto la consideracion de su persona, han preferido la utilidad del público al derecho de esta serie de generaciones que empezando en los inmediatos sucesores de este, se pierde en la oscuridad de lo futuro. Al efecto han adoptado un término vario de duracion del derecho: asi en los Países Bajos, la Bélgica y la Suecia se proroga la propiedad por veinte años; en Prusia, Austria y Portugal por treinta; en España y Rusia por cincuenta; solo la Inglaterra se ha separado, fijando el de cuarenta y dos años despues de la publicacion, ó siete despues de la muerte del autor; y la perpetuidad para las obras del Estado ó de las universidades, conforme en esto con la consideracion de que la vida de estas entidades es perpétua, y que no hay que temer los inconvenientes del alto precio, de la arbitrariedad en corporaciones que existen para procurar el bien y difundir la instruccion; empero reconociendo en estos un dominio inútil si no perjudicial, para obtener la libertad en la impresion y difusion de las obras y la baratura en los precios.

Se puede esperar que esta situacion no será mas que interina, como lo demuestra el que generalmente sustituyó á otra anterior mas corta, que á su vez reemplazó al antiguo privilegio ó al primero y tímido reconocimiento de los atributos de la propiedad, y porque no es igual en las diversas naciones, hay una gradacion de términos de menor á mayor que corre parejas con la de las fechas en que se fijó la legislacion; de manera que á mayor antigüedad corresponde mas limitacion en

el derecho, y al revés en contraste á veces con el estado de adelanto de civilizacion; asi se nota en Rusia mayor perfeccion que en Inglaterra y Holanda.

Existe un móvil que á pesar de todas las precauciones fuerza á extender el término de la existencia de la propiedad literaria á medida que se adelanta el tiempo, y es indudablemente la lógica de los principios que no es posible contrarrestar, como no se contrarresta con las fuerzas del hombre el desenvolvimiento de las grandes leyes de la materia.

Se ha dicho, porque se ha creído y sentido así, que las obras de la inteligencia, de la imaginacion y del sentimiento formaban la propiedad de los autores; y la generalidad de estos no han sabido comprender este derecho de otra manera que como se entiende comunmente, y han visto las limitaciones que se les han impuesto no mas que como apoyos para fundar su peticion á todos los gobiernos, nuevas conquistas que se acreaban cada vez mas á la resolucion final que han creído debia ser la perpetuidad de su derecho; y esto sin que se pueda suponer que desconozcan el bien del público; porque para él han escrito, no obedeciendo siempre al deseo del lucro, sino al contrario, y en las grandes obras á la fuerza expansiva de la inspiracion, de la idea y del sentimiento artistico, al imperio de la verdad, á la voz del deber; deseando la universal difusion de las obras para su gloria y para que todos se aperciban de los beneficios que han intentado causar.

De los grandes escritores y estadistas que han sido de parecer de que debia limitarse esta propiedad, negándola su existencia perpétua por los inconvenientes que habia de producir, la mayor parte han esperado en el porvenir la llegada de un momento en que pudiese ser posible aquella cualidad.

Sus esperanzas debieron cifrarse en la mayor comprension de lo que corresponde en la propiedad literaria al autor y al público, ó en el hallazgo del medio de hermanar sus intereses: no en la mejora del órden social, puesto que con toda la ilustracion y adelanto que puede esperarse en la civilizacion, no es capaz de hacer que los sucesores del autor sean menos arbitrarios y especuladores, y que el público pueda prescindir de las obras de las grandes lumbreras que han hablado el lenguaje del talento y de la inspiracion.

El actual gobernante de la Francia acaba de manifestar, buscando si ha llegado este momento, que solo es enemigo de la prensa porque las circunstancias especiales de su posicion le obligan á cortar su vuelo en lo político. Ya cuando era solo el proserito de esta nacion y se llamaba solo Luis Napoleon, en 1844, escribia á M. Jobard, de Bruselas: « La obra intelectual es una propiedad como un terreno, una casa, debe gozar de los mismos derechos, y no deberá ser expropiada no mas que por causa de utilidad pública. »

Felizmente los compromisos de la púrpura del imperio no le han exigido el sacrificio de estas ideas, pero ha procedido con el tacto y la prudencia que le caracterizan, no aprovechando su posicion para imponerlas; ha querido respetar el voto de los hombres sabios, teniendo la confianza de que á medida que estudiaran mas la cuestion y vieran mas de cerca los resultados de los términos y limitaciones adoptados y las aspiraciones siempre crecientes de los autores, se acercarian mas á su parecer.

En el año último el ministro de Estado congregó en dos comisiones los miembros mas ilustres del Senado, Cuerpo legislativo, consejo de Estado, instituto de Francia, los representantes de los literatos y de los artistas, los mas célebres impresores, y les sometió de nuevo la cuestion de la perpetuidad. Esta vez ha encontrado el fruto en sazón, pues estos consultores, despues de un largo y luminoso debate, han redactado un proyecto de ley basado en la casi identificacion de los efectos de la propiedad literaria y artistica con la de los demás bienes.

Han admitido una perpetuidad en el derecho de los autores que no pudiese perjudicar la utilidad general que las obras literarias y artisticas proporcionan, adoptando un temperamento que si bien constituye un gran adelanto, no satisface del todo las aspiraciones de los que insiguiendo la lógica de los principios, equiparan los efectos de la propiedad literaria á los de la comun, ni á los que atienden preferentemente á la utilidad del público.

Han dicho: la propiedad tal como la disfruta el autor se conservará durante cincuenta años entre sus sucesores; pero trascurridos estos, atendiendo á que habrán muerto ya sus herederos familiares y por lo tanto que el derecho se ha debilitado, y que por otra parte las exigencias del público han pasado á ser mas grandes y mas legítimas, y que con la larga posesion ha nacido en cierto modo un derecho á su favor, en lugar del derecho de imprimir y publicar las obras disfrutarán aquellos un tanto por ciento del valor de las ediciones, que podrá hacer quien quiera.

Otro dia nos ocuparemos de este proyecto con la detencion que merece.

ANGEL BAS.

La Birmania.

(Alta Birmania) Mandalay 14 de enero de 1863.

A los que pregunten: ¿ qué es la Birmania? se les podría responder que es un paraíso caído por casualidad

en poder del infierno. Efectivamente, el clima es allí de los mas sanos, la naturaleza ostenta sus mas ricos colores, los productos son tan variados como preciosos, la poblacion exenta de todas esas preocupaciones de raza ó de religion que se oponen sobre todas las demás causas á la civilizacion del Indostan, posee las mejores cualidades; pero todas estas grandes ventajas naturales se encuentran neutralizadas por la accion execrable del gobierno que pesa sobre ese hermoso país. El rey actual, hombre de unos cuarenta y cinco años, de un exterior que seria agradable si no fuera por su frente angosta y porque siempre tiene la boca llena de betel, ha sabido hacerse una fama de generosidad entre los oficiales ó los mercaderes que han visitado momentáneamente su capital; pero en el fondo este desprendimiento no es mas que un cálculo por su parte, y lo cierto es que se promete que todos los viajeros se formen una alta idea de su magnificencia, para que vayan publicando por todo el mundo que es en efecto el mas grande de los reyes. Por desgracia para su reputacion, Su Majestad se digna personalmente entregarse al comercio, y como muy á menudo no cumple sus promesas, sin pensar en los fatales resultados que produce su mala fe, preciso es reconocer que S. M. no tiene de real mas que su título; en cuanto á sus instintos de una sordidez verdaderamente repugnante, bien descubren á un descendiente del rústico Alompra.

Al rey sigue su hermano, que segun los usos del país, disfruta del título y las prerogativas de príncipe hereditario. En tanto que S. M. pasa la mayor parte de su tiempo entre sus mujeres y los talapoins, él se ocupa todo el dia en vigilar la manufactura de armas en un taller montado y dirigido por un francés, M. E. Chanet, quien con su habilidad de mecánico ha sabido llevar á buen término obras admirables. El príncipe posee tanta energía como indolencia S. M.; pero su poder es puramente nominal, bien que sin embargo sea á la vez mas popular y mas temido que el rey.

Los cuatro grandes ministros, llamados woungies, disfrutaban en otro tiempo de un poder muy lato; pero en el dia sus atribuciones no son mas que judiciales. Obran colectivamente, excepto el ministro de las armas, que manda individual y absolutamente á los soldados.

En cuanto á los demás ministros llamados attouin wouns, pasan por lo regular todo el dia en el palacio. Sus funciones son muy diversas: ellos revisan las cuentas de los eunucos, vigilan la administracion de las palizas que se imponen á las personas del palacio, hacen contratos de venta ó de compra, miden las telas para las reinas ó las concubinas, y segun las órdenes de Su Majestad, lo mismo dirigen la construccion de una pagoda que la de una cuadra.

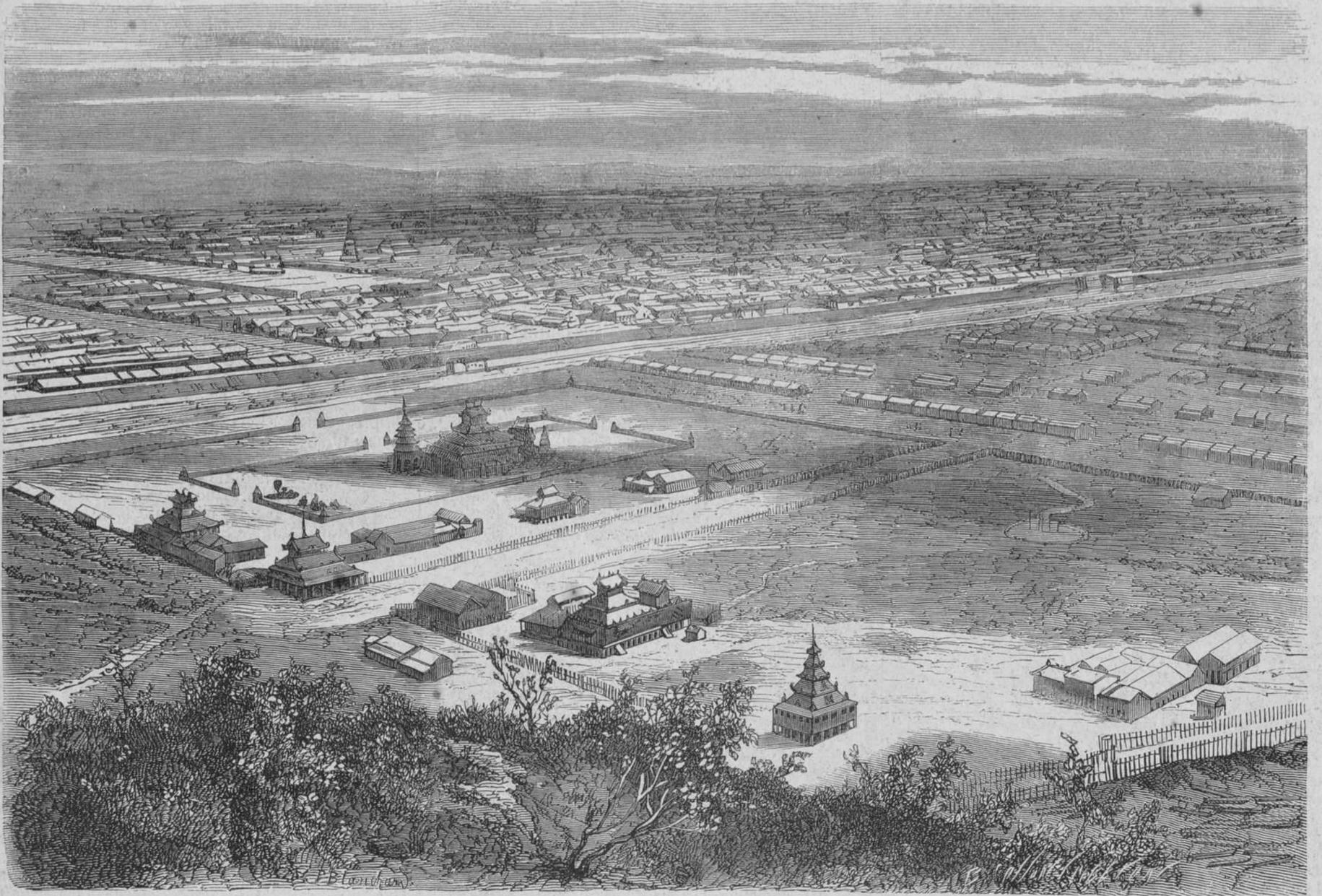
Nada puede dar una idea de la condicion miserable del pueblo. Si un hombre comete la menor falta, la ley cae sobre él con todo rigor, y le chupa hasta su último óbolo; y si tiene que entablar una queja, se arruina en gastos preliminares, y rara vez obtiene que le escuchen. En la Birmania la ley no protege, sino que oprime: ¡ ay de aquel que la invoca!

Pero á decir verdad, no hay otra ley que el capricho del soberano. La costumbre tiene establecido que un deudor que ha reconocido su deuda y que puede pagarla, lo efectue en cierto plazo. Ahora bien, ¿ qué ha hecho la ley? Ha ordenado lisa y llanamente que todo particular que contribuya á formar cierto fondo religioso, no pueda ser perseguido en pago de ninguna suma. No hay para qué añadir que el fondo ha tenido suscritores.

Esta intervencion del capricho soberano suele ir mas lejos aun. Hace cosa de un año S. M. perdió uno de sus hijos favoritos; y al instante se prohibió en memoria del jóven, y para aumentar los méritos de su existencia, que se matara ningun animal en cierto radio de la capital. Durante muchos meses una poblacion de mas de 150,000 habitantes quedó condenada así á no vivir mas que de yerbas y de pesca. Digo yerbas con toda intencion, pues salvo pocas excepciones, las hortalizas de Europa no existen aquí.

Podria citar mil rasgos de opresion, mil casos de abuso de confianza por parte del rey actual de la Birmania, que por lo demás tiene una expresion favorita cuando da algo á cuenta, siendo este algo por lo regular la centésima parte de lo que deberia pagar. « Toma esto, me digno tener lastima de tí. » Podria extenderme en contar las privaciones, los padecimientos, hasta los malos tratamientos que deben sufrir los infortunados extranjeros que llegaron á Mandalay en 1859, fiados en las engañosas promesas que S. M. les habia hecho para decidirles á dejar su patria y á que se fijaran en sus Estados;... pero prefiero apartarme de tan triste materia, para hablar inmediatamente del país y del pueblo birman.

La Birmania fué antiguamente un gran imperio. Mientras solo tuvieron que combatir á los asiáticos, los birmanes pudieron considerarse invencibles; pero el establecimiento de los ingleses en Bengala fué fatal para ellos. Su primer contacto con este pueblo en el Chittagong les valió la pérdida del Aracan y del Tenasserim; y mas tarde, en 1852, la arrogancia y la falta de honradez de sus gobernadores les arrebató la grande y rica provincia de Pegu. Ahora están en camino de perder lo que les queda. Largo tiempo libre de todo tratado con la Inglaterra, S. M. ha podido cometer las mayores injusticias con algunos mercaderes ingleses que se atrevian á traficar en sus Estados sin malas consecuencias para él; pero habiéndole obligado últimamente un agente del gobernador general de la India á que establezca en fin relaciones regulares entre las provincias inglesas



BIRMANIA. — La ciudad de Mandalay, vista tomada de la colina.



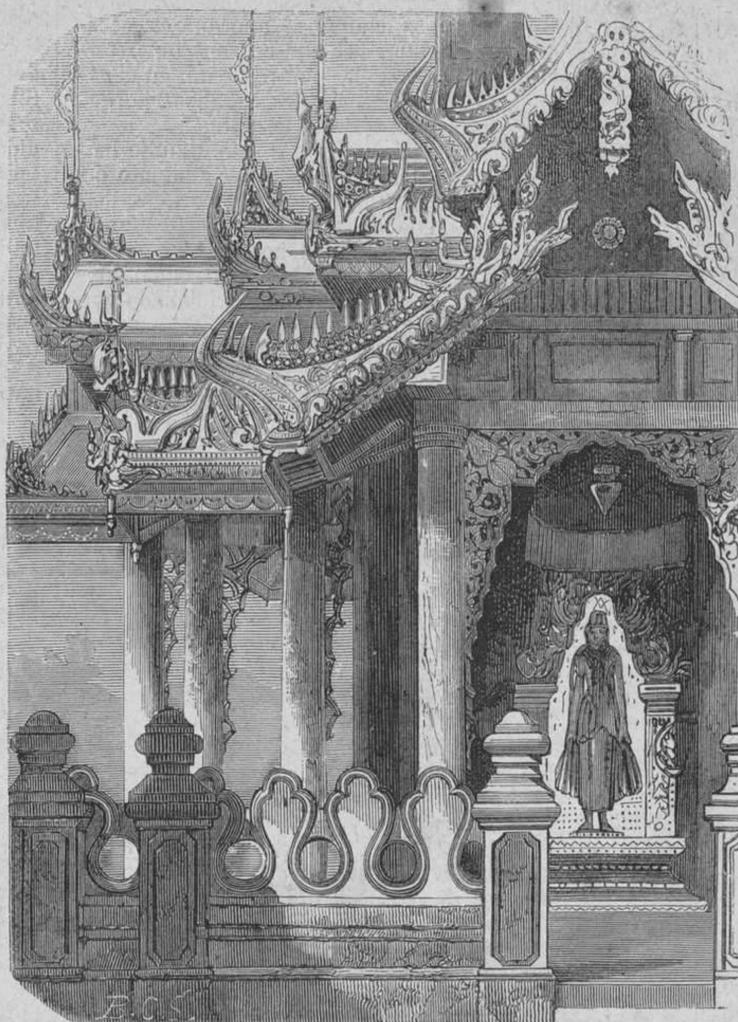
Lugar de reposo al pié de la colina.



Interior de un establecimiento monacal.

y la Alta Birmania, S. M. ha debido firmar que en lo sucesivo obraría de distinto modo con los mercaderes que quisieran instalarse en su capital. Pero la mala costumbre está tan arraigada, así como los hábitos opresivos de todos los ministros, que el efecto de la promesa real será muy efímero. De aquí á largo tiempo los ingleses tendrán pues un nuevo pretexto para anejar lo que queda de todo ese hermoso país.

Quando se viaja al través de la Birmania, una impresión de tristeza sobrecoge involuntariamente el corazón. Por do quiera se alza una vegetación abundante, se descubren paisajes magníficos y se encuentran las producciones más raras de la naturaleza en el estado nativo; pero la más bella y la más rica soledad del mundo no es al fin y al cabo sino una soledad. Así sucede en la Birmania, donde solo falta una cosa para que sea una tierra privilegiada cual ninguna; fallan birmanes. Si la población se hiciera por encanto diez veces mayor y el gobierno se ilustrase lo bastante para ser probo, todas las manufacturas de algodón de Inglaterra y de Francia podrían ser abastecidas por el algodón birman; todos los buques de la Europa podrían forrarse á poca costa con las incorruptibles tablas del tek que abunda en su suelo; el tabaco, el té, el azúcar, la canela, el marfil, la seda, la goma laca, el barniz del Japon, las semillas oleaginosas de toda especie, las pieles de búfalo, un hierro superior al de Suecia, el plomo, el oro, los rubies, etc., etc., todos productos inmediatos de la Birmania, podrían tener siempre en el mar miles de grandes buques. Desgraciadamente una opresión de muchos siglos ha devastado esta bella comarca. La ineptitud y voracidad del rey actual que, comerciante ante todo, persiste en concentrar en sus manos todos los monopolios, pesan sobre la población presente y causan más y más su decrecimiento. De año en año se aumenta la emigración hacia las provincias inglesas, donde al menos existe el respeto de la



Nicho con un ídolo dorado, cerca de la capilla católica.

propiedad. Si el gobierno no cambia pronto de manos, la Alta Birmania vendrá á convertirse en un desierto.

Y sin embargo, no puede darse un pueblo mejor y más simpático que el que forman los birmanes. Libres de toda preocupación como de todo fanatismo, sobrios, robustos, bien configurados, suaves de carácter aunque fogosos, dóciles aunque independientes, á la vez ligeros y sensibles, valerosos y crédulos, de una alegría perenne, no conozco raza mejor dotada para ser dichosa.

Más tarde hablaré de los usos y costumbres de este excelente pueblo, y por hoy concluiré con algunas palabras acerca de su capital.

Después de la última guerra con los ingleses, el rey actual había tenido la ocurrencia de que cambiando de sitio su palacio, vería días más gloriosos que su predecesor, y con este motivo ordenó el abandono general de Amrapoura. Es de advertir que ya había sido abandonado por su padre por igual razón. De este modo pues, se comenzó la ciudad de Mandalay, situada solamente á doce millas de Ava. Su emplazamiento en el lado oriental del Irrawaddy, está bien elegido, salvo la distancia calculada con toda intención; S. M. se imaginaba que á dos millas en el interior su palacio está al abrigo de las bombas inglesas. Hace siete años que ha tenido lugar la mudanza forzosa, y el recinto no está concluido todavía. Las calles muy anchas y tiradas á cordel, son todavía lodazales en tiempo de lluvia. Nada de alumbrado por la noche. La población, generalmente budhista, cuenta sin embargo un buen número de musulmanes. El elemento extranjero se compone de unos treinta persas, unos cuarenta armenios y otros varios individuos de distintas naciones. El único inglés que reside en Mandalay, el doctor Williams, llena las funciones de agente de su gobierno. Tan instruido como afable, y siempre dispuesto á servir á los infortunados que reclaman los socor-



Una de las doce puertas de la ciudad de Mandalay.

ros de su ciencia (es inmenso el número de cataratas que ha operado con toda felicidad), ha preparado la vía al tratado que su país acaba de ajustar con los birmanes.

Hay aquí un templo armenio edificado por el rey, y una capilla católica que cien veces, y todas en vano, ha prometido S. M. transformar en iglesia. El cura de esta capilla desempeña las funciones de pro-vicario general en la Alta Birmania, que cuenta cuatro capillas sufragáneas, todas situadas en el lado occidental del Irawaddy. El jefe de la misión, el muy reverendo P. Abbona, ha residido ya cerca de veinte años en este país. El rey le demuestra la mayor confianza, y preciso es decir que el digno sacerdote le corresponde con un cariño que llega a veces hasta la parcialidad. Por lo demás, las cualidades más simpáticas, un fondo inagotable de caridad, un profundo saber, un espíritu activo, un corazón excelente, hacen del P. Abbona un hombre querido y respetado por todos.

Los edificios de ladrillos escasean en Mandalay; el bambú y las tablas de tek son los materiales que se emplean generalmente. Cuando salen fuera de la ciudad, los hombres van a pie ó á caballo y las mujeres á pie ó en carreta tirada por bueyes. Los ministros suelen ir en elefante, así como las reinas; las mujeres de los altos funcionarios en palanquin. El príncipe hereditario se pasea en un faeton dorado arrastrado por hombres. En cuanto al rey, es demasiado receloso para separarse de su trono. El palacio en la Birmania es todo el reino. Si saliera de él no más que una hora, temería hallar ocupado el puesto á su vuelta, y bajo este concepto renuncia prudentemente al placer de tomar el aire.

La colina de Mandalay y sus cercanías están ya cubiertas de pagodas y de monasterios; pero donde se debe estudiar el gusto y el arte de los birmanes, es en Amarapura, y sobre todo en Paghá. Los dibujos que publicamos, copiados de buenas fotografías hechas por el doctor Williams, darán una idea de este arte, mientras añado en mi próximo artículo algunos pormenores sobre este asunto.

P. P.

Paris y Londres en 1793.

NOVELA ESCRITA EN INGLES POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

Cuando salió el criado, el marqués se paseó por el cuarto abrigado con su bata para prepararse al sueño. Sus blandas babuchas se apoyaban sin rumor en el pavimento, y sus pasos silenciosos, unidos á la flexibilidad de sus movimientos, le daban un aspecto especial, como si un encantador le hubiera condenado por sus faltas á tomar la forma de un tigre, y el cambio periódico estudiase á punto de verificarse.

Mientras se paseaba en aquel aposento voluptuoso, el marqués pensó en los últimos incidentes de su viaje que le acudieron á su pesar á la memoria: la subida larga y penosa del cerro, sus manos enrojecidas por el sol al ocultarse, la bajada en medio de un torbellino de polvo, la aldea al pié de la colina, la cárcel sobre el peñasco, los aldeanos en torno de la fuente, y el caminero designando la cadena de la carroza con su gorro azul.

La fuente de la aldea evocó el recuerdo de la de Paris, el pequeño monton de harapos ensangrentados depositado en el pilon de piedra, las mujeres que contemplaban el cadáver y el desgraciado padre que levantaba los brazos al cielo exclamando: ¡Está muerto!

— Ahora, dijo el marqués, estoy tranquilo y puedo acostarme.

Apagó las bugías de los candelabros, á excepcion de una sola, dejó caer los cortinajes de seda, cerró los ojos, oyó los suspiros que exhalaba la noche y se entregó al sueño.

Las máscaras de piedra que adornaban la fachada miraron durante tres horas las tinieblas con sus ojos ciegos, los caballos se agitaron delante de los pesebres, los perros ladraron, y el buho lanzó gritos muy distintos de los que le atribuyen los poetas; pero tales criaturas tienen la necia costumbre de no expresarse nunca como se les manda.

Durante tres horas la oscuridad más densa envolvió todo el país y añadió su sombra al silencio que pesaba sobre la llanura.

No se distinguían ya en el cementerio los montones de yerba, la imagen de Jesucristo hubiera podido desprenderse de la cruz sin que nadie lo advirtiera, y en la aldea dormían á pierna suelta recaudadores y contribuyentes. Tal vez soñaban en banquetes como sucede con frecuencia á los que se mueren de hambre, y en el reposo y bienestar como deben de hacerlo el esclavo y el buey abrumados bajo el peso del yugo; al menos durante su sueño eran libres y estaban saciados, olvidando el hambre y el collar de su miseria.

Durante tres horas las aguas de la fuente de la aldea y de la del castillo manaron en la oscuridad y huyeron á lo lejos como los minutos que el tiempo dejaba en su camino.

Su onda fugitiva destacó después su pálido reflejo entre las tinieblas que eran ya menos densas, y los leones que adornaban la fachada del castillo vieron despuntar la primera luz del alba.

El horizonte presentó un tinte blanco que fué enrojeciéndose por momentos, y el sol, después de alumbrar

la copa de los árboles, pintó de rojo la colina y las máscaras de piedra, y el agua pareció mezclada con sangre.

El himno de la mañana saludó en el cielo y en la tierra al nuevo día; un pajarillo entonó dulcísimos trinos sobre la ventana del dormitorio del marqués, y el monstruo que sostenía las armas de la familia pareció escucharlos asombrado, con los ojos fijos y las fauces abiertas.

Toda la aldea se puso en movimiento, se abrieron las ventanas y después las puertas, y los trabajadores, estremeciéndose al contacto del aire frío y puro de la mañana, salieron á principiar su tarea cotidiana. Veíanse allí mujeres lavando, allá hombres y mujeres cavando, arando, escardando, apacentando los animales y conduciendo las pobres vacas á las márgenes de los caminos, para que se aprovecharan de la yerba que crecía sobre la humedad de las acequias; en la iglesia una ó dos mujeres arrodilladas, y en la puerta del cementerio una pobre viuda cuya cabra pacía la yerba que crecía al pié de la cruz.

El castillo se despertó más tarde como correspondía á su categoría, y gradualmente cada uno de sus huéspedes según su posición y su carácter. Los venablos y los cuchillos de monte fueron los primeros que reflejaron la luz del día, la puerta de la caballeriza se abrió después, y los caballos miraron por encima del hombro la cebada que aechaba el palafrenero, en tanto que los perros tiraban de las cadenas y se levantaban sobre sus patas traseras, impacientes para recobrar la libertad. Finalmente, se descorrieron las persianas de las ventanas.

Nada se advirtió hasta entonces de extraordinario en estos hechos rutinarios que se verificaban todos los días.

Pero ¿porqué suena la campana? ¿porqué esas idas y venidas, esas caras aterradas que cruzan por el terrado, y esas botas con espuelas que resuenan en el patio? ¿porqué ensillan á toda prisa los caballos? ¿porqué bajan á todo escape por la falda de la colina?

¿El viento lleva acaso la noticia de este tumulto hasta el caminero que está trabajando, y cuyo alimento del día, indigno de llamar la atención de una corneja, descansa sobre un monton de piedras? Los pájaros que diseminan las semillas ¿han dejado caer tal vez sobre él algunas migajas de la noticia? Sin embargo, el caminero abandona su azada y su zurrón, baja del collado corriendo como si le persiguiera el demonio, y no se detiene hasta llegar á la fuente.

Encuentra allí á todos los habitantes de la aldea, hablando en voz baja con animación, pero sin manifestar otro sentimiento que la sorpresa y la curiosidad. Las vacas, atadas á una estaca, miran con ademán estúpido, ó recostadas en el polvo, rumian lentamente, sin que su mezquino pasto indemnice el trabajo de sus mandíbulas, y en la parte opuesta de la calle se ven criados del castillo con armas, varios postillones y los magnates de la aldea.

El caminero se ha introducido en un grupo de cincuenta amigos íntimos donde agita su gorro azul.

¿Qué significa tanta alarma? ¿Qué presagia el saltar de M. Gabelle á la grupa de un criado con librea del marqués, y el galope del caballo que á pesar de su doble carga, desaparece como en una balada alemana?

Significa que ha habido en el castillo una cara de piedra que nadie esperaba ver.

La Gorgona ha venido durante la noche á visitar el edificio para añadir la única cabeza que faltaba á esta noble morada, y que esperaba hace doscientos años. Sobre la almohada del marqués reposa la máscara de un hombre que se despertó de pronto, se enfureció y quedó petrificado en su cólera. En el pecho de este hombre se encuentra un cuchillo hundido en medio del corazón, en el mango del cuchillo un papel, y en el papel se leen estas palabras:

— De parte de Juan.

CAPITULO X.

DOS PROMESAS.

Algunos meses después de los acontecimientos que hemos contado en las anteriores páginas, Carlos Darnay estaba establecido en Londres, donde enseñaba el francés. En el día se le daría el título de profesor; pero en aquella época no era más que un maestro de idiomas. Daba cursos á los jóvenes que tenían tiempo desocupado suficiente para cultivar una lengua viva hablada en todo el mundo, y se esforzaba en infundir á sus discípulos la afición á la literatura francesa, cuyas bellezas exponía en excelente inglés.

En aquella época eran muy raros los maestros de su categoría; no enseñaban aun las ciencias de que más tarde debían dar lecciones príncipes que algún día habían de sentarse en un trono, y los nobles, que estaban inscritos en el libro mayor de Tellson, no se veían aun reducidos á hacerse cocineros ó carpinteros.

Merced al talento que poseía, á la extensión de sus conocimientos y á la finura de sus modales, el maestro de lenguas hizo muy pronto carrera. Estaba además muy al corriente de los negocios de su país, que de día en día ofrecían mayor interés, y este era un motivo más para que se apresurasen á pedirle lecciones.

Si al trasladarse á Londres hubiera abrigado la esperanza de nadar en oro y plata, es indudable que se habría llevado un amargo desengaño; pero había pedido trabajo, lo había conseguido, se había portado con celo, y en esto consistía todo el secreto de su fortuna. Daba lecciones en la universidad de Cambridge, donde se to-

leraba que entrasen de contrabando las riquezas de una lengua moderna, en vez de importar griego y latin con aprobación de la aduana académica, y estas tareas universitarias le ocupaban una parte del tiempo, y el restante lo dedicaba á sus discípulos de Londres.

Ahora bien, sabéis que desde la época en que reinaba un verano perpetuo en el Edén, hasta nuestros días en que es raro que el invierno abandone estos climas degenerados, los hombres han obedecido invariablemente la ley que les obliga á enamorarse de una mujer, y Carlos Darnay seguía la ley común, y amaba á Lucia Manette desde el instante en que se vió expuesto á morir en un cadalso. Nunca había oído una voz más dulce y simpática, nunca había contemplado un rostro más celestial, ni nunca había sentido una emoción más grata que en el momento en que sobre el borde de la tumba, había sido mirado por aquella angelical criatura que debía reconocerle y declarar contra él.

Pero su amor era un secreto que á nadie había confiado. Desde un año atrás en que el marqués había muerto asesinado en la otra parte del estrecho, Carlos no había pronunciado una sola palabra que pudiera hacer sospechar el estado de su alma. Tenía excelentes razones para observar esta conducta, y sufría, callaba y esperaba.

Sin embargo, una noche, después de regresar de Cambridge, Carlos Darnay se dirigió á la casa de los ecos con el objeto de revelar al doctor lo que pasaba en su alma. Era también en verano, y Lucia tenía costumbre de salir al anochecer con la señora Pross. Nuestro amante, que sabía esta circunstancia, encontró al doctor Manette solo en su gabinete, leyendo junto á la ventana.

El doctor había recobrado paulatinamente todo el poder moral que le había sostenido en los primeros años de su cautiverio, y cuyos tormentos había agravado. Sin embargo, su energía se debilitaba á veces de pronto, y volvía á aparecer bruscamente, como había sucedido con las demás facultades antes de volver á su estado normal; pero estas crisis habían sido siempre poco frecuentes, y de día en día eran más escasas: estudiaba mucho, dormía poco, sobrellevaba fácilmente la fatiga, tenía el genio igual y no carecía de buen humor.

Al ver entrar á Carlos Darnay, dejó el libro y alargó la mano al joven.

— Me alegro mucho de veros, le dijo; os esperábamos hace algunos días. Los señores Stryver y Cartone decían ayer que os deteniais en Cambridge más tiempo del que os impone vuestro deber.

— Agradezco el interés que se toman por mí, respondió Carlos con bastante tibieza. La señorita Lucia... añadió.

— Está muy buena. Ha salido á hacer algunas compras; pero no tardará en volver, y estoy seguro de que tendrá un placer en veros.

— Sabía que no la encontraría en casa, repuso Darnay, y aprovecho la ocasión para hablaros de un asunto muy importante.

— Sentaos y hablad, dijo el doctor con visible violencia, después de permanecer un rato sin contestar.

Carlos tomó una silla, fué á sentarse en el sitio indicado; pero no le fué tan fácil entablar la conversacion.

— Tengo la dicha, dijo por fin, de merecer vuestra amistad hace diez y ocho meses, y esto me da la esperanza de que el asunto de que he de hablaros...

— ¿Teneis intencion de hablarme de Lucia? preguntó el doctor interrumpiéndole.

— Sí, señor.

— Es un asunto de conversacion muy doloroso para mí, y os confieso que aumenta mi dolor el tono con que principiais á hablar, señor Darnay.

— Os hablo con la admiracion más ferviente, con el amor más sincero, señor, respondió Carlos con ademán respetuoso.

— Lo creo, repuso el doctor.

Este tardaba tanto en contestar y lo hacia con una repugnancia tan evidente, que Carlos Darnay le preguntó vacilando si podía continuar.

Habiéndole respondido con un ademán de cabeza afirmativo, Darnay le dijo:

— Sabéis ya cuánto tengo que deciros, pero no podéis comprender de cuánto interés es para mí esta conversacion, porque ignorais la inquietud que hay en mi alma. Amo á vuestra hija con un cariño tan respetuoso como ardiente, y si algún corazón ha latido á impulso de un amor profundo y leal, dudo que pueda compararse con el mio. Vos habeis amado, doctor; recordad vuestro antiguo amor...

M. Manette había vuelto el rostro fijando sus ojos en el techo, y al oír las últimas palabras del joven, tendió la mano exclamando:

— ¡No me habéis de eso por piedad! ¡Oh! no me lo recordeis...

Su voz expresaba tanto dolor, que vibró largo rato en los oídos de Carlos después de haber cesado de resonar, y su mano seguía tendida hacia el joven suplicándole que callase.

— Perdonad, murmuró después de algunos minutos; no dudo de vuestro amor hacia mi hija; creedlo, señor Darnay...

Y se volvió hacia Carlos, pero sin levantar la cabeza, se apoyó la frente en la mano, y permaneció en esta actitud con el rostro velado por sus canas.

— ¿Le habeis hablado de vuestro amor? preguntó.

— No, señor.

— ¿Se lo habeis escrito?

— Nunca.

— Habeis obrado con tanta abnegacion por conside-

ración a su padre; sería poco generoso desconocerlo, y su padre os da las gracias.

Y al pronunciar estas palabras alargó la mano al joven, pero sin apartar los ojos del techo.

— Ya sé, respondió Carlos, ¿y cómo he de ignorarlo viéndolos todos los días? ya sé que hay entre Lucía y vos un cariño tan profundo y tan excepcional en razón a las circunstancias que le dieron origen, que es imposible compararlo ni aun con el sentimiento mas vivo que haya existido nunca entre un padre y una hija; lo sé, doctor; en el amor que os profesa se auna ese efecto puro y leal que pertenece a la mujer con el instinto irreflexivo y la confianza del niño. No solo os ama, sino que teneis para ella un carácter sagrado cuyo prestigio no podrá disminuir ninguna otra pasión. Al contemplaros recuerda a su madre, y os ama a ambos en vos; padece vuestros dolores; bendice al cielo que os ha dado la libertad, y esto contribuye a acrecentar la ternura que os prodiga. Lo sé, y he pensado en ello noche y día desde la época en que me admitisteis en el seno de vuestra amistad.

El doctor permaneció silencioso, y su respiración fué mas anhelosa, pero no dió indicio alguno de los sentimientos que le agitaban.

— Me he abstenido de hablar tanto tiempo como me lo ha permitido el valor, porque sabia esto y veía en vuestra frente la auréola del martirio. Sentía, y lo siento aun ahora, que es casi una falta interponer mi amor entre vosotros dos; pero amo demasiado, y no tengo fuerza para callar.

— Me lo figuraba, dijo tristemente el doctor.

— No creais, repuso Carlos, a quien este acento doloroso produjo el efecto de un reproche, que si debiera pertenecerle algun día, me haya ocurrido nunca la idea de separaros de ella. Por otra parte, sería imposible, aun suponiendo que fuera bastante cruel para intentarlo. Pero no temais, añadió tomando la mano del doctor, no puedo pensar en tal cosa. Arrojado como vos de Francia por sus locuras y miserias, pidiendo como vos al trabajo la subsistencia, y confiando en un porvenir mas feliz, no abrigo otra ambición que la de sentarme en vuestro hogar y seros fiel hasta la muerte. Lejos de pensar en arrebatáros vuestra hija, deseo participar de los cuidados que os prodiga, unirme a ella para aumentar vuestra ventura y estrechar vuestros lazos, si esto fuera posible.

El padre de Lucía, despues de responder a la presión de la mano del joven, levantó la cabeza por vez primera desde el principio de la conversacion. Su rostro revelaba la lucha que habia en su alma y una tendencia manifiesta a expresar el terror y la duda; pero hizo por fin un esfuerzo y dijo con calma y dulzura:

— Gracias, Carlos Darnay; vuestras palabras son dignas y cariñosas, y os voy a hablar tambien con franqueza. ¿Teneis algun motivo para creer en el amor de Lucía?

— Ninguno hasta ahora.

— ¿Habeis entablado esta conversacion para aseguráros del hecho?

— No, doctor: al venir aqui no llevaba hasta tal punto mis pretensiones; pero espero, tal vez será una equivocación mia, que me permitieris mañana que lo averigüe.

— ¿Me pedís un consejo?

— No, deseo únicamente que me digais lo que creais mas prudente.

— ¿Habeis venido a pedirme una promesa?

— Sí, doctor.

— ¿Cuál?

— Sé muy bien que sin vos nada debo esperar, pues aunque vuestra hija me amase, lo cual estoy muy lejos de suponer, no me guardaria su afecto contra la voluntad de su padre.

— Si eso es cierto, pudiera producirse el efecto contrario. ¿No habeis pensado en eso?

— Es fácil comprender que una palabra de vuestra boca en favor de cualquiera aspirante haria balancear sus propios sentimientos, y que vuestros deseos triunfarian de los suyos. Por esta razon os pediré esta palabra con peligro de mi vida.

— No lo dudo, señor Darnay; pero entre las personas mas íntimamente enlazadas hay misterios impenetrables que nacen precisamente de su afecto, y no puedo adivinar el estado del corazón de Lucía.

— ¿Puedo preguntaros si algun hombre...

— ¿La ama?

— Eso es lo que queria deciros.

— Habeis visto aqui a M. Cartone, respondió el doctor despues de un instante de reflexion, y M. Stryver viene tambien algunas veces, de modo que solo podría ser uno de los dos.

— A no ser que sean ambos.

— No lo creo, y hasta es probable que ninguno de ellos haya pensado en tal cosa. Pero ¿qué promesa es la que me pedís?

— Si vuestra hija os llega a hacer algun día una confidencia análoga a la que acabais de oír, prometedme, doctor, que le repetiréis mis palabras, y le direis que las habeis creído. Espero haberos inspirado bastante aprecio para que no abogéis por mí; esto es lo único que os pido. Dignaos ahora imponerme la condicion que teneis derecho a exigir, y la acepto desde luego sin restriccion.

— Os prometo hacer lo que me pedís, y sin condicion alguna. Creo firmemente todo cuanto me habeis dicho, y estoy persuadido de que no intentais desatar los lazos que me unen con la parte mas querida de mí mismo. Si me dice que sois necesario para su felicidad, os la daré, señor Darnay.

El joven tomó la mano del doctor y la estrechó con efusión.

— Aun cuando hubiera prevenciones motivadas, dijo M. Manette, graves motivos de antipatía contra el hombre que amase, todo quedaria olvidado por su amor. Lucía encierra para mí el mundo entero, ejerce sobre mi alma mas influencia que el dolor, que el recuerdo; es mas poderosa que... Pero ¿qué iba a decir?

Habia una expresion tan extraña en su voz al extinguirse y en su mirada al fijarse en el vacío, que Carlos sintió el frío contacto de la mano que se retiró muy pronto y cayó inerte al lado del doctor.

— ¿De qué hablábamos? ¿qué me deciais? repuso M. Manette sonriendo.

Aunque Carlos se vió embarazado para responder desde luego, se acordó de que habia hablado de una condicion en cambio de la promesa que le habia hecho el padre de Lucía.

— Debo corresponder a vuestra confianza, dijo al doctor. No ignorais que el apellido que llevo actualmente, aunque se parece al de mi madre, es un apellido supuesto. Deseo que sepais a qué familia pertenezco, y porque...

— ¡No prosigais! exclamó el médico de Beauvais.

— Quiero sin embargo merecer vuestra confianza, no tener secretos para vos.

— ¡Callad... por favor!

El doctor que se habia llevado las manos a sus oídos, las cruzó sobre los labios del joven.

— Me lo direis mas adelante, cuando os lo pregunte; pero ahora no. Si os ama Lucía, me lo revelareis despues de casado. ¿Me prometeis no hablarme de eso hasta entonces?

— Os lo prometo.

— Ella va a volver, y desearia que no nos encontrásemos juntos. Buenas noches, y el cielo os guarde.

El sol acababa de ocultarse cuando Darnay se retiró, y era ya de noche al volver Lucía a casa.

Corrió al salón, y se sorprendió cuando no vió en él a su padre.

— ¡Padre! dijo alzando la voz.

No oyó mas respuesta que el ruido sordo de un martillo en el gabinete del doctor, y huyó aterrada. Pero retrocediendo un momento despues, se acercó a la puerta y llamó a su padre en voz baja. Cesó entonces el ruido del martillo, el doctor salió a recibirla, y los dos se pasearon por el cuarto hasta una hora muy avanzada de la noche.

Despues de acostarse, Lucía se levantó y bajó para verle. El doctor dormia con un sueño profundo, y estaban ya en su sitio el banquillo, la espuerta de los instrumentos y el zapato principiado.

CAPITULO XI.

UNA CONFIDENCIA.

Aquella misma noche M. Stryver decia a su colega: — Sydney, prepara otro ponche, porque he de darte una noticia.

Sydney habia trabajado a todo vapor lo mismo que las noches anteriores para poner en orden los papeles del abogado y despachar antes de la apertura de las vacaciones todas las causas de que este estaba encargado. Terminada la tarea y puesto al corriente lo atrasado, dicho abogado estaba libre de toda ocupacion hasta que el mes de noviembre apareciese escoltado de nieblas atmosféricas y legales trayendo grano al molino.

Aquellas noches triplemente laboriosas no habian hecho a Cartone mas vivo ni mas sobrio, y únicamente a fuerza de toallas mojadas y de incasantes libaciones habia logrado salir airoso de su empeño, de modo que se hallaba en un estado deplorable cuando se quitó su turbante y lo arrojó en el barreño donde lo habia empapado varias veces durante seis horas.

— ¿No preparas ese ponche? le dijo Stryver el majestuoso, que reclinado en el diván lanzó en torno suyo una mirada.

— Sí.

— Bien. Oyeme; tengo que deciros una cosa que va a sorprenderte y que te hará pensar tal vez que no soy tan habil como habias creído hasta ahora. Sydney.... voy a casarme.

— ¿Tú?

— Sí, y no por dinero. ¿Qué dices?

— Nada. ¿Quién es ella?

— Adivínalo.

— ¿La conozco?

— Adivínalo.

— Me es imposible adivinar nada a las cinco de la mañana, con un cerebro que frie en mi cabeza como en una sartén. Si quieres proponerme enigmas, convidame a comer.

— Voy a hablar pues sin rodeos, dijo Stryver incorporándose, y sin embargo, no espero que me comprendas... ¡Eres tan insensible!

— Y tú, respondió Cartone ocupándose en el ponche, ¡tienes el corazón tan tierno, eres un hombre tan poético!

— Aunque mi carácter no es novelesco, repuso Stryver riendo con ademán satisfecho, porque tengo demasiado criterio y elevada instruccion para serlo, soy mas impresionable que tú.

— Es cierto. Tienes mucha suerte.

— Impresionable no es la palabra mas exacta; quiero decir que soy...

— Mas galante con las damas. ¿Es eso lo que querias decir?

— Eso mismo. Quiero decir, continuó Stryver con aire de importancia, que me hago mas visible en la sociedad y que conozco el medio de gustar al bello sexo mucho mejor que tú.

— Adelante, dijo Cartone.

— Antes de pasar adelante, repuso el abogado moviendo la cabeza con su aplomo habitual, quiero agotar la materia. Tú has sido recibido en casa del doctor Manette con tanta ó mayor frecuencia que yo. Ahora bien; ¿en qué consiste que he tenido que ruborizarme siempre del aspecto tímido y pacato con que te presentas en esa casa? Tu silencio y tu fea dan compasion y risa al mismo tiempo. Te repito, Sydney, que estoy avergonzado por tí.

— Es una gran ventaja para un miembro del foro saber tener vergüenza, repuso Sydney, y debes agradecerme el que te haya enseñado a ruborizarte.

— No admito medios dilatorios, porque te serian inútiles, respondió el orador con aire victorioso. Debo deciros como amigo, y te lo diré a la cara y por tu propio interés, que haces la figura mas desairada en la sociedad, especialmente delante de señoras.

Cartone se rió, y se bebió un vaso del ponche que estaba preparado.

— Tómame por modelo, prosiguió el abogado levantándose y poniéndose en jarras; con mi posición y mi fortuna, podría muy bien dispensarme de ser amable, y sin embargo, no omito nada para serlo.

— No te he visto nunca en esos arranques de amabilidad, dijo Cartone.

— No lo hago pues por necesidad, sino por principio, continuó Stryver; por eso progreso tanto.

— Pero no en materia de negocios matrimoniales, repuso Sydney con indiferencia. Quisiera que me lo probases. En cuanto a mi carácter, ¿no sabes que soy incorregible?

— Haces muy mal, dijo el abogado con tono de reprension.

— ¿Hago mal en ser lo que soy? Pero dejemos esta cuestion. ¿Con quién te casas?

— No te cause pesar esta noticia, Sydney, dijo el abogado a manera de precaucion oratoria. Nunca sabes lo que te dices, y cuando por una chiripa piensas en lo que hablas, tu opinion no tiene la menor importancia. Te hago este pequeño exordio, porque en cierta ocasion me has hablado de ella en términos nada lisonjeros.

— ¿Yo?

— Y en este mismo despacho.

Sydney miró al ponche y a su amigo, se bebió un vaso del líquido que abrasaba, y fijó la mirada en el abogado.

— La trataste de muñeca de cabellos de oro, porque, ya que es forzoso decirlo, mi futura es Lucía Manette. Si tuvieras un poco de tacto y alguna consideracion con las mujeres, te hubiera pedido satisfaccion por una expresion tan insultante; pero como tu criterio corre parejas con tu sensibilidad, hago tanto caso de tu opinion acerca de esa joven, como de la de un hombre de mal oído que se permitiera criticar la música de un buen compositor.

Sydney Cartone bebia ponche, y lo bebia a vaso lleno, pero sin cesar de mirar a su amigo.

— Te he hecho ya mi confidencia, prosiguió el abogado. No me seduce la riqueza; Lucía es bellísima, he resuelto casarme, y cuento con los medios para satisfacer mi capricho. La muchacha tendrá en mí un hombre sensato, de posición consolidada, que sube como la espuma y que no carece de mérito; es una verdadera fortuna para ella, pero merece eso y mucho mas. ¿Te ha sorprendido la noticia?

— No, respondió Cartone entre dos sorbos.

— ¿Apruebas mi idea?

— ¿Y por qué no he de aprobarla?

— Tomas el asunto con mas serenidad de lo que me figuraba, y te interesas por mí menos de lo que creía. A decir verdad, como sabes que mi voluntad es de roca, estás convencido de que tus observaciones serian completamente inútiles. Si, Sydney; quiero cambiar de vida, y principio a conocer que es muy grato tener una casa donde se pueda entrar cuando se quiera. ¡Es tan cómodo estar en casa ajena cuando uno se fastidia en la suya! He reflexionado que Lucía me conviene, que es digna de ocupar una elevada posición, y que me honrará, y por lo tanto estoy resuelto a casarme con ella. Ahora, amigo mio, pobre Sydney, hablemos tambien de tu porvenir.

(Se continuará.)

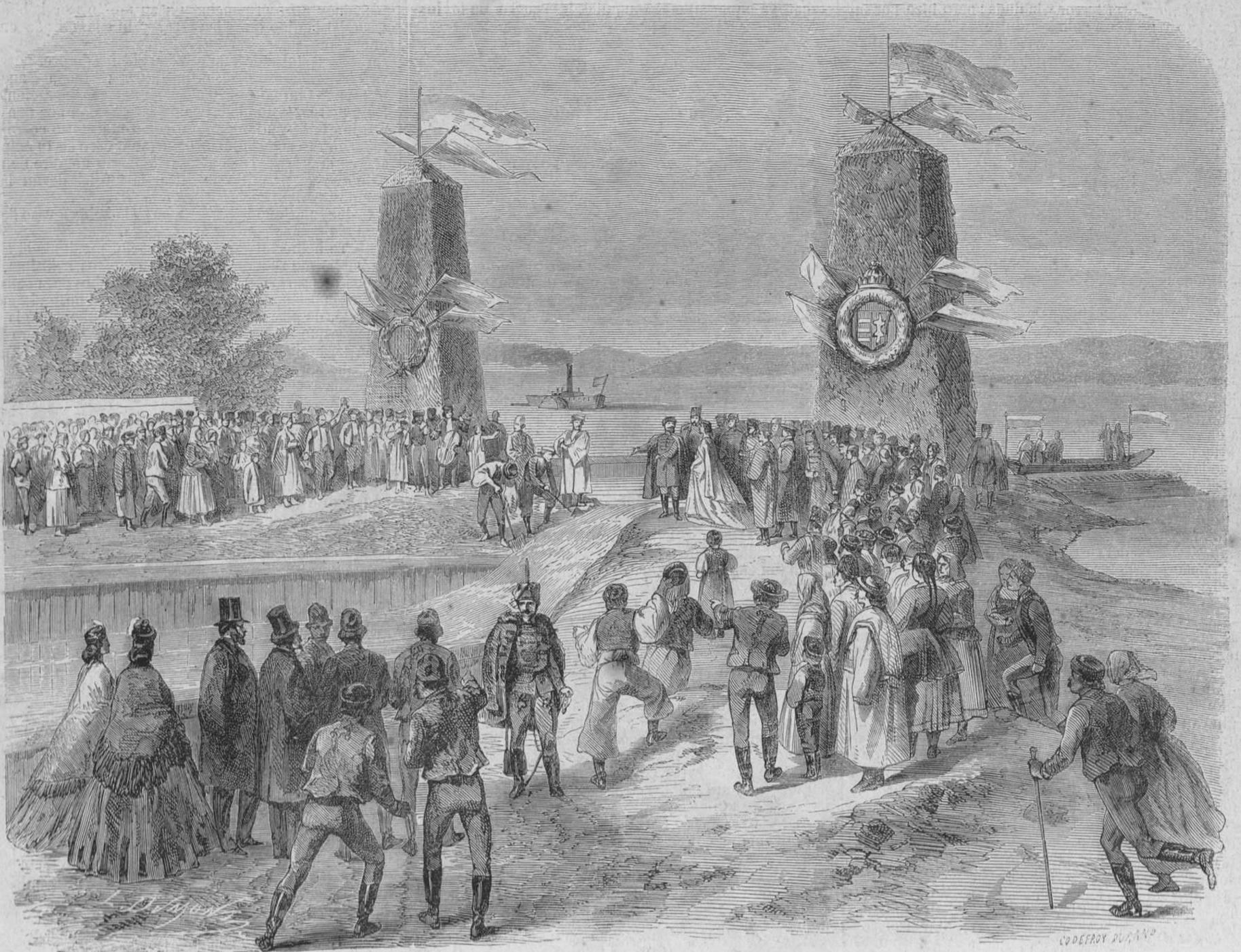
Inauguracion

DE LAS OBRAS DEL LAGO PLATTEN EN SISFOK (HUNGRIA).

La Hungria a pesar de las dificultades políticas contra las cuales lucha con valor, se halla en la via del progreso. Numerosos vapores surcan el Danubio, el Theiss y otras corrientes de agua navegables; diferentes líneas férreas ponen en comunicacion las distintas partes del país, y Pesth que no era mas que una aldea hace ciento setenta años, cuando los turcos fueron arrojados de ella, es hoy una ciudad de las mas importantes, en la cual la industria y el comercio han tomado una extension que se desarrolla cada día.

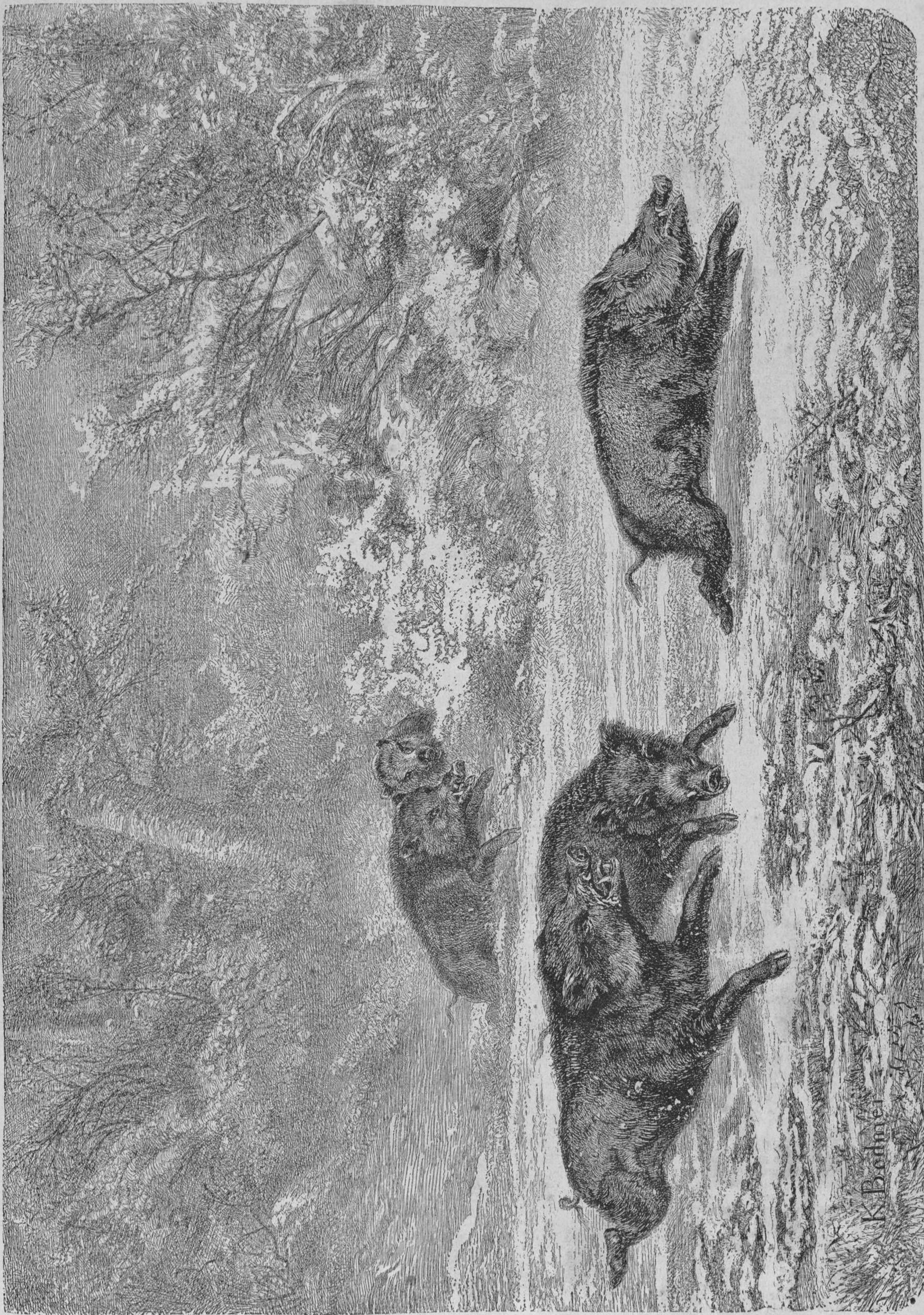


Inauguración de las obras del lago Platten : el conde de Zichy pronunciando un discurso.



Inauguración del canal y de la esclusa.

LODEFROY RUIZANO



Jabalíes huyendo sobre la nieve.

Varios personajes importantes separados por fuerza de la vida política, se han puesto a la cabeza del movimiento, y dignos continuadores de la obra comenzada por el conde Stefan Szechengi, han sabido dirigir las fuerzas del país del modo más útil hacia la agricultura, el comercio y la industria, establecer sólidamente el crédito, y atraer a los capitales extranjeros.

Entre estos hábiles innovadores figura en primera línea el conde Franz Zichy. El es quien en 1841 ha fundado en Presburgo la primera caja de ahorros húngara, quien ha sido nombrado director de la Sudbahn, vía férrea entre Pesth y el mar Adriático, y quien en este momento, sostenido por la opinión pública, demuestra un celo incansable para prolongar el ferrocarril Grosswarden-Klansenburg-Kronstadt hasta el mar Negro, y establecer así la comunicación más directa entre el Oeste y el Este.

Los dos dibujos que acompañan a este artículo son relativos a nuevas obras recientemente ejecutadas en virtud de su iniciativa y bajo su dirección; entraremos en algunas explicaciones sobre el asunto.

El lago de Platten está limitado al Norte y al Oeste por una cordillera de montañas; pero al Sur y al Este son tan bajas sus márgenes, que una gran parte del territorio contiguo había venido a hacerse pantanoso; los buques no podían arribar al Oeste sino rara vez y en pocos sitios, y en las épocas del deshielo el ferrocarril que sigue el lago estaba amenazado siempre por los témpanos que entonces se aglomeran.

Era una necesidad secar estos pantanos, pero faltaban fondos que no han podido reunirse hasta estos últimos tiempos, mediante el concurso de la compañía de la Sudbahn.

El conde Franz Zichy, nombrado comisario real, fué encargado de la dirección de estas obras con la cooperación de M. Ladislao Zancovich. En catorce meses los trabajos estaban concluidos, y se obtenía el resultado deseado con tanto ardor, esto es, se había bajado el nivel del lago, se había construido un fuerte dique, se había secado un pantano de cinco millas, y la navegación y las comunicaciones quedaban fáciles.

El 25 de octubre un convoy especial llevaba a Sisfok numerosos personajes para asistir a la inauguración. El conde Zichy recibió a los convidados, y después de pronunciar un bonito discurso, se abrieron las esclusas y el agua se precipitó en el nuevo fondo y en el canal ensanchado.

Se había terminado pues una obra de progreso, que como tal merece señalarse. P. P.

Batida de jabalíes en la Champaña.

Tengo yo un amigo que es cazador y que posee en el departamento del Aisne a algunos kilómetros de Chateau-Thierry una linda casa de campo situada en un país de caza como hay pocos. Por setiembre la llanura está cubierta de perdices y de liebres, y en el bosque lo mismo en el verano que en el invierno abundan los jabalíes y los venados, aquellos con un exceso perjudicial para los ribereños, cuyas cosechas devastan de noche y de día.

Una mañana del mes de diciembre, este amigo sube a mi casa y me dice:

— ¿Puedes disponer de uno ó dos días? Una convocatoria del subprefecto de Chateau-Thierry me convida con mis amigos a declarar una guerra en regla a los jabalíes que infestan en este momento los bosques del Aisne y del Marne. La administración forestal ha sido prevenida, y todos los buenos tiradores del país han sido llamados para esta obra. Nuestras operaciones estratégicas estarán dirigidas por un jefe entendido, Moreau de Janvier, ese famoso labrador que ha merecido acciones de gracias de toda la comarca por haber llevado tan a menudo el terror y la muerte a las filas del enemigo. También esta vez habrá muchas víctimas; decídetes, ven a prestarnos tu ayuda, que no te pesará haberle alistado entre los voluntarios.

El mismo día, con seis pulgadas de nieve, es decir, con el tiempo más propicio para la proyectada expedición, me apeaba yo en Crezancy, pueblecillo situado en la línea férrea del Este entre Mery y Dormans.

Al otro día al amanecer, apenas había dado la señal la trompa de caza, cuando ojeadores y tiradores nos hallábamos reunidos en la sala baja de un mal parador de la Chapelle-Montaudon, donde habíamos pasado la noche a doce kilómetros del punto de la cita; larga y dura etapa a la verdad haciendo un tiempo semejante, pero ante la cual no retrocede ningún buen discípulo de san Huberto si tiene en perspectiva las emociones de una hermosa cacería.

Otra capa de nieve que había caído en la noche entre las cuatro y las cinco de la mañana había simplificado mucho la tarea de los guardas encargados de explorar el bosque. Llegados a la Route-Ferrée, el punto señalado para esperar sus informes respectivos, podíamos contar con cuarenta animales entre grandes, chicos y medianos, que habían sido dirigidos sobre diferentes sitios. Lo embarazoso era pues la elección. De esos jabalíes unos iban al Aisne, otros al Marne, consecuencia natural de la posición en que nos encontrábamos; ahora bien, hallándose la Chapelle-Montaudon sobre la línea de esos dos departamentos limitrofes, ¿qué dirección debíamos tomar primeramente?

Optamos por el Marne, bajo la prudente condición de que no se obedecería sino a un jefe único, y que el ami-

go Moreau, aunque aquel terreno no le fuese tan conocido como el del Aisne, tendría a bien encargarse de las maniobras; misión que es siempre muy delicada, en razón a la responsabilidad que ella envuelve. Se convino en que Vassy sería el campo de batalla donde se trataría de atacar al enemigo, Vassy, esa guarida de los jabalíes de la comarca...

Nos ponemos en camino y sitiamos *Tonneins*, el cuartel general de los jabalíes. Siguiendo la táctica infalible del maestro, los tiradores se escalonan sobre toda una línea que formaba un vasto triángulo. Los ojeadores, que eran sesenta, se colocan en el límite de los bosques comunales y de la selva con orden de no avanzar sino poco a poco. Se sueltan algunos perros que no pertenecían a ninguna especie propiamente dicha, pero que estaban ejercitados en esta caza especial.

Moreau penetra en la selva para apoyarlos si llega el caso, y acompañado de uno ó dos hombres. De repente se oyen algunas voces y luego un hurra inmenso anunciando a todos los ecos de las cercanías que los animales están a la vista... un grito de alarma: ¡cuidado! domina a todos los demás; es nuestro comandante en jefe que previene a todos los demás con su voz estentórea que apliquen a la vez el ojo y el oído.

Apostado en la orilla de una espesura y teniendo delante una vasta plazoleta, esperaba yo con el dedo en el gatillo, pero no veo atravesar a mi alcance más que un tímido venado, seguido un momento después por dos liebres. En fin, resuena un tiro a la extremidad del ala derecha; otro tiro responde, luego otro y luego otro; la acción está empeñada, y al cabo el tiroteo se hace general.

Entonces desde mi puesto, observatorio improvisado en que domino la pelea sin tener la suerte de tomar parte en ella, presencio las glorias de un vecino, que deseoso de hacer honor a su primer jabalí posee un arma de Lefauchaux, esa casa incomparable, una carabina especial, modelo de precisión. En derecha a él con el hocico alzado, las cerdas erizadas y la oreja derecha baja un jabalí negro como un topo. A la distancia en que estoy me parece un animal respetable que puede haber cumplido los tres años. Doy gracias a san Huberto, porque realiza en fin el voto más ardiente de un cazador. Algunos metros más y cae seguramente. Pero ¡ay! amarga decepción; en el mismo instante se levantan de repente dos ojeadores ocultos en un hondo, que cortan la línea del animal a mi hombre desolado, y hé aquí al jabalí que da una vuelta para pasar por el ángulo opuesto del bosque, donde le veo en medio de una nube de humo festoneando sucesivamente toda la ladera de las malezas, recibiendo veinte descargas, dos de ellas a quemarropa que le dejan en el sitio.

En resumen, seis jabalíes muertos, dos de ellos enormes, tales fueron los resultados alcanzados en *Tonneins*, lo que es poca cosa sin duda cuando se piensa en el número verdaderamente prodigioso de animales existentes en esos lugares privilegiados y en la cantidad de pólvora que se gasta.

En el momento en que acabada la batida se dirigía cada uno de nosotros hacia la plazoleta cercana para contemplar las víctimas, vi a un guarda que estaba llorando. Era un tirador de los primeros que ha destruido ó hecho destruir muchos jabalíes en su vida. Un perro que quería mucho, de pelaje negro y que cazaba a las mil maravillas el jabalí, había sido sacrificado por un solitario de mal humor que había ido a buscar en su guarida en medio de una espesura de zarzas. El pobre animal había cesado de cazar de repente lanzando un póstero aullido, pero un aullido quejumbroso, extraño, y su amo conmovido, trémulo, bajo la impresión de este grito de angustia que le había llegado al alma, le había visto volver a sus pies mutilado, sangriento, con el flanco abierto, dejando en las zarzas pedazos de carne y de intestinos, y luego el perro había muerto lamiéndole la mano, el último adiós de un amigo.

— ¡Ah! querido Ronflot, decía el guarda, has muerto como un valiente en el campo del honor; ¡pero yo no te reemplazaré nunca!...

Y con el revés de su mano callosa enjugaba dos gruesas lágrimas, oración fúnebre elocuente, y más patética que un largo discurso.

Cuando todo el mundo estuvo reunido, Moreau inspirado por un buen pensamiento, tomó en su mano la gorra del guarda y propuso echar un guante en su favor, para indemnizarle sobre la marcha de la pérdida que había sufrido. Inútil será añadir que la proposición fué aceptada por unanimidad, y que en vista de su resultado, el guarda que no habría vendido por nada su perro, me pareció menos triste después de haber recogido el producto de la colecta.

Entre tanto el tiempo trascurría, y los animales alarmados con las descargas, habían desocupado sucesivamente los diferentes espacios en que a fuerza de trabajo y de tiempo los habían reunido. Teníamos que hacer unos cinco kilómetros para llegar a los *Usages d'Igny-le-Jars*, otro cantón muy distante, pero que era el único donde podía suponerse con razón que se habían guardado; corríamos pues hacia aquel sitio, mas a nuestra llegada, el sol que bajaba ya mucho en el horizonte solo alumbraba las copas cargadas de nieve de los olmos y de las encinas. Yo me aposté en la orilla de una zanja en unas malezas, cuyas profundidades se ennegrecían de minuto en minuto, a pesar de la reverberación de la nieve. Era casi la hora en que la vista cansada de luchar con la sombra se forja esas visiones fantásticas que tanto engañan al cazador, sobre todo en el momento misterioso del acecho. Mientras trataba yo medio helado, de definir una especie de masa pardusca inmóvil en

medio de una espesura contigua, y a la cual prestaba yo insensiblemente todas las formas de un jabalí detenido a escuchar los gritos lejanos de los ojeadores en marcha a la sazón, un zorro muy listo acertó a pasar a doce pies de mí sin verme, bajó despacio a la zanja y desapareció sin ruido y sin pensar que faltó bien poco para que no apretase yo el gatillo desobedeciendo la consigna de Moreau, que había encargado no se tirase sino al jabalí. ¡De qué poco depende a veces en este mundo la suerte de los animales y de los hombres!

Igny-le-Jars compuesto en su mayor parte de malezas espinosas impenetrables, encerraba por lo menos tantos jabalíes como *Tonneins*. Una cuadrilla de quince animales lanzados juntos forzó la línea de los ojeadores cargando sobre ellos con furia y derribando casi a los más cercanos. Les acogieron a la retaguardia prudentemente guarnecida de una doble línea de cazadores, con un fuego graneado que yo juzgué demasiado vivo para que hubiese sido bien terrible. Con efecto, toda la cuadrilla pasó sin que una sola bala hubiese hecho un claro en aquella falange compacta é invencible; y cuando a fuerza de piernas llegué yo a mi vez a la *Queue de l'Etang*, uno de los mejores refugios de aquel sitio, pude asistir de lejos a un espectáculo triste para un cazador, pero que habría pagado muy caro un pintor de paisaje: a ciento cincuenta metros desembocaban de una espesura sobre un camino cubierto de nieve, cinco jabalíes monstruosos separados del resto de la banda. Uno de ellos, sin duda el patriarca de la familia, llevaba el hocico al aire y entreabierto como para gruñir mejor y el rabo engarabitado. Otros dos de la misma corpulencia le seguían a un metro, en tanto que sobre la derecha y en la orilla de la espesura, aparecían dos rezagados. La salida de estos cinco animales, negra avalancha que rodaba gruñendo en medio de torbellinos de nieve levantados a su paso, constituía un magnífico asunto para un cuadro de género. Yo, profano, confieso que vi la escena con los ojos de un cazador, y que sentí en el alma aquella hermosa ocasión perdida por un minuto. L. B.

Revista de la moda.

SUMARIO. — La corte de Compiègne. — Las charadas y las parodias. — Parodia de *la Abuela*. — La pluma de faisán en mucho honor en la corte. — La caza con papalillos. — Trajes auténticos llevados en Compiègne. — Dos trajes de baile decretados por la emperatriz. — Casacas y chalecos Luis XV. — Un vestido Diana de Poitiers. — Dos prendidos de baile. — Envío de Alejandrina a la infanta de España. — Tocados de soirée y de teatro. — Descripción del figurín, que representa disfraces.

La corte de Compiègne el sábado próximo. La Opera ha abierto sus puertas a una multitud de dominós de todos colores, de máscaras de toda especie y de fracs negros. París vuelve a ser París, animándose con los esplendores del día de Año nuevo.

En las fiestas de la corte se representan charadas y parodias de las piezas en boga. La princesa Ana Murat, la duquesa de Tarente y la marquesa de Gallifet han representado ante Sus Majestades Imperiales una parodia de *la Abuela*, con una animación y una gracia sin igual.

Su Majestad la emperatriz ha tomado parte en las cacerías de faisanes, y cada vez que mataba un faisán cogía las plumas de su víctima y las repartía entre las señoras que la acompañaban.

Estas plumas de faisán se llevan como un gran honor en Compiègne; las hermosas convidadas volvían al palacio cada cual luciendo la suya en su sombrero.

También se ha inaugurado en Compiègne una cacería de un nuevo género, de que únicamente ha hablado la *Gaceta Rosa*.

La *Gaceta Rosa* es un periódico de modas especialmente dirigido por vuestra humilde cronista, y si tenéis el antojo de conocerla, podéis pedirla a la administración del *Correo de Ultramar*.

Es una caza que se hace con papalillos: hé aquí cómo:

Una vez que están reunidos en el bosque los cazadores y las cazadoras, un caballero designado por la suerte se aleja del grupo y echa a correr adelante sembrando a su paso una lluvia de papalillos; y luego desaparece y se oculta sin que las amazonas sepan en dónde.

Todo el mundo emprende entonces su persecución siguiendo la huella de los papalillos.

Cuando hace viento los papalillos se van a derecha é izquierda, a veces en una dirección opuesta a la que ha tomado el caballero, de lo que resulta un verdadero juego al escondite que se efectúa a caballo.

Si cogen al caballero, ¿tiene algún castigo?

Hé ahí lo que no dice la *Gaceta Rosa*.

Sin embargo, es de creer que no le descuartizan como al ciervo.

Antes de describir los prendidos del día y de la noche, voy a decir cómo ha sido tratada la moda en Compiègne.

Su Majestad la emperatriz había impuesto vestidos de lana para ir al bosque, dando así la primera el ejemplo de una sencillez rigurosa.

Citemos algunos trajes auténticos.

La condesa de Labedoyere se mostró con un vestido de reps negro, recogido sobre una falda blanca de cachemira guarnecida por abajo con presillas de terciopelo negro.

En la cabeza llevaba un sombrero único en su género, creación de Félix, de terciopelo negro orlado de piel con fondo en forma de gorro, todo él muy recogido sobre el cabello y muy lleno de pieles.

Catalina II de Rusia no debía llevar un tocado mejor seguramente.

La joven y encantadora madama de la Valette llevaba un vestido de seda gris recogido sobre una falda de felpilla del mismo color.

La seductora madama Barrachin vestia un traje de lana inglesa oscura con matices dorados, que se componia de una falda, una chaquetilla, un chaleco, un salts-en-barca, todo de una sencillez del mejor gusto.

Otra joven señora llevaba un vestido de felpilla color de castaña con una falda lisa y una chaquetilla Diana cerrada con botones alegóricos de caza, de plata oxidada. Bajo esta falda de felpilla habia otra de seda del mismo color.

Tocado Tudor de terciopelo igual al traje.

Otro vestido que ha llamado la atencion en Compiègne era de terciopelo azul con chaquetilla castellana guarnecida de pasamanería de oro y cerrada sobre el pecho con alamares de oro.

Sin embargo, estos trajes vistosos se hallaban en oposicion con los de la emperatriz.

Hé aquí dos trajes que S. M. ha llevado en dos soirées diferentes, y que os podrán servir de tipo y de modelo.

El primero era de gasa blanca rayada de cintas cereza con un simple collar de azabache al cuello. Los adornos de azabache y de acero están muy en boga.

El segundo traje se componia de un vestido de gasa blanca con lentejuelas de plata y anchas bandas de terciopelo verde colocadas horizontalmente sobre la falda. Una gorrita de terciopelo verde adornada con diamantes agrupados en flores y coronada con una pluma recta, formaba un tocado muy aristocrático y muy lindo.

Los adornos estaban completados con una cruz y un corazon de esmeraldas orlados de diamantes, y que pendian de un collar de perlas.

Las señoras elegantes han llevado tambien en Compiègne casacas y chalecos Luis XV, de terciopelo con solapas de raso.

Pero dejemos ya la corte, y pasemos revista á las actualidades de la moda.

Para asistir á las funciones de los Italianos, la condesa W... se ha hecho hacer un vestido Diana de Poitiers, de terciopelo vincapervinca, con el cuerpo escotado y sujeto por delante con cordones y borlas. La manga muy angosta está toda abierta y sostenida de distancia en distancia con cordones. La falda va de una pieza con el cuerpo, y se sujeta al talle con un cinturón de terciopelo negro orlado de cadenas de plata; al lado una escarcela de terciopelo negro con orla de plata incrustada de rubies.

Otro traje muy admirado tambien en los Italianos era de tafetan blanco y remataba con tres pequeños rizados de tafetan azul separados por listitas de terciopelo. La segunda falda era de raso azul cubierta de tul ilusion recogida sobre el lado con un rastro de rosas y de no me olvides, que rodeaba el talle y caia por detrás en flores flotantes.

El cuerpo era de raso azul cubierto con una drapería de tul blanco, con corselete Diabolina de tafetan blanco, orlado por dos rizados azules; en cada manga invisible habia una hombrera de flores.

Otro traje era todo blanco de tafetan abierto con cinco faldas de tul ilusion entremezcladas unas en otras con gruesos lazos de tarlatana malva. Su efecto era admirable.

Antes de describir el figurin de trajes de máscara, voy á hablar de un magnífico envío que Alejandrina acaba de hacer á Su Alteza Real Isabel Fernanda de Borbon, infanta de España.

Primeramente un sombrero de terciopelo real rosa con fondo de tul cubierto con una redecilla invisible adornada de lentejuelas de plata. Al borde del sombrero copos de pluma color de rosa, sobre un nido de rosas con colibrí verde y azul en las rosas.

Luego un sombrero blanco de blonda adornado con un racimo de uvas matizadas de esmeralda; unas uvas de puro capricho. Por detrás cae sobre el bavolet un fichu de blonda, y por delante un bandó.

Otro sombrero real blanco con bavolet de blonda que sostiene dos plumas blancas de avestruz caidas sobre el casco y que vuelven rizándose por cada lado sobre una diadema de terciopelo cereza sembrada de nácar de perla, en el que se destacan hilos de cristal.

Otro sombrero con ala de terciopelo negro y fondo toca de terciopelo escocés. Un gran volante parte de la toca y forma bavolet en punta. En el interior dos plumas negras que suben sobre un bandó de terciopelo escocés formando viso.

Otro de concierto con ala de terciopelo real y fondo de tul con anchos rizados de blonda formando capucha. Un sesgo de guisantes de olor de nácar de perla con follaje natural rodea la capucha sobre el bavolet.

En cuanto á los tocados de soirée y de teatro, son variados á lo infinito.

Se comienzan á usar algunos como en tiempos del primer Imperio, esto es, muy huecos sobre lo alto de la cabeza.

No podia suceder otra cosa despues de los peinados largos que caian sobre la espalda.

Las señoras inteligentes se peinan y se adornan segun conviene á su fisonomía, lo que es muy preferible á la moda que acaba de salir á luz.

Hé aquí algunos tocados entre los cuales se podrá elegir.

Un tocado diadema compuesto de un rizado de terciopelo azul, con gruesa rosa abierta y pámpanos negro y oro temblando en los rizos de terciopelo. Una larga punta de terciopelo cae como un sauce de lo alto del tocado.

Una diadema de plumas blancas polvoreada de perlas finas, con nido de rosas y capullos en medio.

Y por último, otra diadema de terciopelo cereza con pluma blanca, sostenida por una lluvia de perlas blancas como un coquete, y por una coca de terciopelo cereza.

Pasada la solemnidad de Año nuevo, van á comenzar los bailes, y en nuestra próxima revista daremos cuenta de los trajes mas notables que se hayan visto.

Hoy vamos á tratar de disfraces, y los describiremos minu-

ciosamente para que puedan ser reproducidos segun se ven en nuestro figurin.

Primer traje. — Estilo Luis XIV. La primera falda se hace de raso ó de tafetan blanco, y lleva un galon de oro por adorno sobre el delantero y hácia abajo.

La segunda falda es de terciopelo, y en este caso la falda de debajo es de raso, ó de poul de seda, ó de moiré, con otra falda interior de tafetan; esta, que es de color, se queda abierta por medio de broches de perlas que sostienen los pliegues á cada lado.

Cuerpo de punta adornado con una berta de encaje de Venecia; mangas cortas con cuchillos de tafetan blanco galoneados de oro; en medio del cuerpo se pone un grueso lazo de cinta de raso con broche de perlas en el centro.

Mangas de tul malinas con puños vueltos y de encaje como la berta. Tocado Sevigné, con cocas de tinta azul y perlas finas.

Segundo traje. — Gitana española. Primera falda de raso matiz oro, teniendo cada paño ribeteado de terciopelo negro y de un bordado negro tambien; segunda falda de tafetan punzó ó de raso á voluntad, orlada con una banda de terciopelo negro, cubierta de medias lunas, estrellas, geroglíficos, etc.; esta falda está abierta por el lado. Chal español de gasa de seda negra matizada de oro; chaquetilla española de terciopelo negro orlada con un galon de seda y una franja de seda oro. Esta chaquetilla es muy corta por detrás; las mangas forman un simple jockey de terciopelo que cae sobre mangas interiores de gasa argelina, como el camisolin que se lleva debajo de la chaquetilla. Pendientes, brazaletes y collar de equies. En el cabello adorno de ceques. Botitas de raso punzó.

Tercer traje. — Bacante. Primera falda de raso amarillo cubierta de bordado y surcada de lazadas punzó; segunda falda de tafetan malva, con rayas Pekin; esta segunda falda está recogida sobre los lados con lazos de tafetan verde. Corpiño abierto por delante, dejando ver un adorno amarillo bordado punzó. Camisolin y mangas cortas con pliegues suizos. Collar de coral y tocado de pámpanos.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

El conde de Gracia.

NECROLOGIA.

Con el mas profundo dolor tenemos que anunciar á nuestros lectores la irreparable pérdida que acaban de experimentar en su familia S. M. la reina Doña Maria Cristina de Borbon y el Excelentísimo señor duque de Riansares, en la persona de su hijo menor don José Maria Muñoz y Borbon, conde de Gracia y vizconde de la Arboleda. Hace seis meses que todos los periódicos anunciaron el fallecimiento del señor duque de Montmorot, el segundo de los hijos de aquellos ilustres señores, y ya hoy tenemos que consignar otra nueva desgracia que tan profundamente ha venido á herir el tierno corazon de madre de aquella augusta y afligida señora. Veinte y un años tenia el duque de Montmorot, y veinte, no cumplidos aun, el conde de Gracia, cuando la Providencia ha tenido á bien disponer que abandonasen este mundo, en donde parecia que les estaba reservado un porvenir sembrado de ventura.

Nosotros que tuvimos el gusto y el honor de conocer y de tratar intimamente á aquellos dos distinguidos jóvenes, podemos juzgar hasta qué punto estas pérdidas han debido ser dolorosas para sus infelices padres. Eran

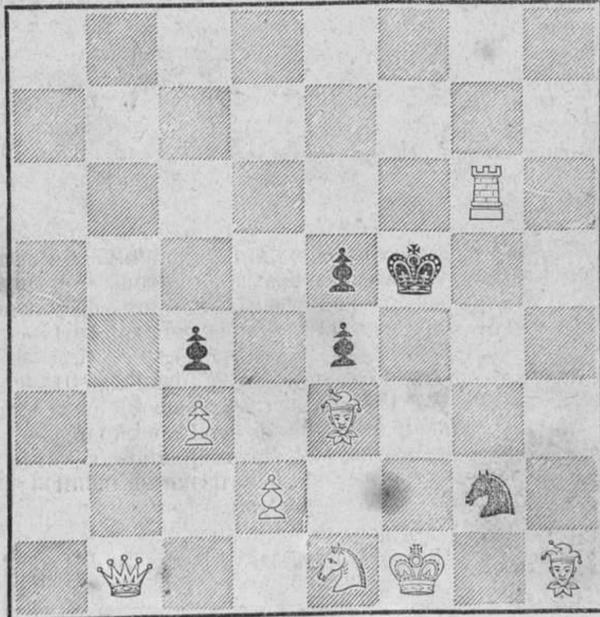
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 92.

- | | |
|-----------------------|---------|
| 1 A 8a AR | P 6a Ra |
| 2 A 6a TR | R 5a Ra |
| 3 C 3a A jaque | R 6a A |
| 4 A 2a Ra jaque-mate. | |

PROBLEMA NUM. 93, POR M. G. SCHLENTHER.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

ambos por su raro talento y excelentes prendas personales un modelo de hijos, de hermanos y de amigos. Pundonoroso y bizarro militar el primero, y adornado el segundo de todos los requisitos que debe tener un buen diplomático, á cuya carrera se dedicaba, ambos por su vasta instruccion, por su claro ingenio, por la noble ambicion de que se hallaban poseidos, por el afán de ser algun dia útiles á su patria, habrian llegado á ser de seguro, si la Providencia no hubiera venido á cortar el hilo de esas dos existencias, una de las glorias mas legítimas en las armas y en la diplomacia.

El conde de Gracia, cuyo retrato publicamos hoy, nació en Paris á 29 de setiembre de 1843. Hizo sus primeros estudios en un excelente colegio de Versalles dirigido por el abate Paris; allí aprendió nociones de latin y de gramática, historia, geografía, rudimentos de matemáticas, de física, química é historia natural, perfeccionándose al mismo tiempo en el francés, cuyo idioma hablaba á la perfeccion. Del colegio de Versalles, pasó á una institucion inglesa, situada á pocas leguas de Lóndres, en donde durante dos años no hizo otra cosa que aprender el inglés, que llegó á hablar tan bien como su propio idioma. Decididos sus padres á que siguiera la carrera diplomática, desde Lóndres le enviaron á Trieste con el objeto de que aprendiera el alemán, estudio que empezó con sumo placer, consiguiendo lo que muy pocos habrán podido conseguir, y es hablar el alemán á los pocos meses de residir en aquella ciudad con la misma facilidad con que hablaba el francés y el inglés; tal era su extraordinaria disposicion para el estudio de las lenguas vivas.

Uno de los ramos del saber por el cual el conde de Gracia mostraba desde su mas tierna edad mayores simpatias, era por el estudio de la geografía, la cual, como suele decirse, era su caballo de batalla. No habia riachuelo por pequeño que fuese, cabo ó rincón del mundo cuyo nombre y situacion no supiese de memoria; puede decirse que su cabeza era un verdadero mapa-mundi. Es mas que probable que de esta grandísima aficion á la geografía, naciera en el conde otra aficion que tenia tan grande como esta, y era la de viajar: el movimiento continuo era para él la suprema felicidad. Visitar todos los rincones de la tierra, recorrer todos los mares era su sueño dorado, su único sueño y el blanco en donde se fijaban todas sus esperanzas y todas sus ideas de gloria y de porvenir. De ese afán continuo de emprender largos y curiosos viajes por mar y tierra, nació sin duda el deseo cada dia mas vigoroso en él de seguir la carrera de la marina, siguiendo el ejemplo de su hermano mayor, el primer duque de Taranco, que falleció en la *Malmaison* en el mes de julio de 1855, cuando apenas contaba diez y nueve años. — S. M. la reina y el señor duque de Riansares se opusieron vivamente á que el conde abrazase la misma carrera que la del mayor de sus hijos varones, pues si bien es una de las mas hermosas y llenas de porvenir, sobre todo en España, tambien es una de las mas duras y trabajosas, siendo además muy triste para unos padres el verse separados continuamente de sus amantes hijos. La carrera diplomática era por todos conceptos la que mas convenia al joven conde, quien de seguro habria llegado á ser un distinguidísimo diplomático, para lo cual no le faltaba mas que unos pocos años mas de práctica y algunos conocimientos mas vastos en derecho y en administracion. Ya empezaban estos importantes estudios á serle bastante familiares, merced á su asidua concurrencia á la *Escuela de Derecho*, de Paris, á la *Sorbona*, y al *Colegio de Francia*; en aquella era uno de los mas estudiosos alumnos de M. Royer-Collard, el sabio catedrático de *Derecho de gentes*, cuyo estudio alternaba el joven conde de Gracia con el del *Derecho romano*; en la *Sorbona* y en el *Colegio de Francia* seguia algunos cursos de literatura, historia y ciencias exactas, físicas y naturales, para las cuales mostraba tambien una privilegiada disposicion.

Entusiasta de la naturaleza y amante de lo bello como pocos, las artes habian entrado por mucho en su educacion. La música, tanto vocal como instrumental, el dibujo, la pintura, la arquitectura, la poesia hallaban en él un apasionado y un conocedor nada vulgar. Uno de sus grandes placeres era el de recorrer los estudios de los artistas de reconocido talento, y allí se pasaba horas enteras hablando, como podría hacerlo un pintor, un músico ó un poeta consumado, de todo lo que tiene relacion con aquellos sublimes conocimientos.

Dos largos viajes habia logrado hacer el malogrado conde; el primero por Bélgica, Alemania, Italia, Polonia y Rusia, y el segundo á Oriente, en donde recorrió una gran parte del Egipto, de la Siria y de la Palestina. En el invierno de 1861 y 62 recorrió toda la Alemania, hallándose precisamente en Berlin en los momentos en que Guillermo I fué coronado en Koenigsberg como rey de Prusia. Con motivo de tan fausto acontecimiento, hubo en Berlin unas espléndidas fiestas, en la corte, en los ministerios y en las embajadas extraordinarias; á todas ellas asistió el simpático conde, llamando extraordinariamente la atencion su gallarda y hermosa figura, su noble presencia, su caracter dulce y afable, su discrecion y finísimo trato, quedando prendados de tan distinguido é ilustre joven toda la numerosa familia real de Prusia, empezando por S. M. el rey, modelo de soldados y de caballeros, y S. M. la reina, una de las princesas mas dignas de ser queridas y respetadas por su talento y por sus virtudes.

Fué tan cariñosa la recepcion que hicieron al conde de Gracia los reyes de Prusia, que debiendo aquel marchar en seguida á Italia y á Rusia, le rogaron que al volver de la capital del imperio moscovita se detuviera

algunos dias mas en Berlin, para tener una nueva ocasion de frecuentar mas y mas su trato, honrosisima prueba de aprecio y de consideracion que el conde agradeci6 en extremo, y á la que correspondió cumpliendo puntualmente la palabra que habia dado de volver á aquella hermosa capital, para poner de nuevo sus respetos á los piés de aquellos dos ilustrados monarcas. ¡Qué recuerdos tan dulces y agradables conservaba el malogrado conde de su estancia en Berlin, Bruselas, Dresde, Munic, Nápoles, Turin, Milan, Venecia, Parma, Florencia, Roma, Viena, Varsovia, Moscou y San Petersburgo, en donde recibió una franca y espléndida hospitalidad del ilustre duque de Osuna, nuestro dignisimo embajador en aquella córte!

Durante el último invierno la salud del jóven conde fué debilitándose de dia en dia; consultados los primeros facultativos de Paris, ordenaron estos que emprendiera inmediatamente un viaje á Oriente, cuyo clima era el mas á propósito para la grave dolencia de pecho que hacia ya algunos meses venia padeciendo, y que tan funestas consecuencias podria traer si no se acudia á tiempo. Pero desgraciadamente la enfermedad habia tomado mayor incremento del que juzgaron los médicos, y á pesar de lo templado y benigno del clima de Alejandria y del Cairo, en donde residió algunos meses, el estado del distinguido enfermo fué presentando de dia en dia mayores recelos, hasta que de vuelta de aquel viaje, el médico que le acompañó desde Roma, y todos los que le visitaron en Marsella y en los Pirineos, comprendieron toda la gravedad del caso, acabando por desahuciar completamente á la afligida familia. El señor duque de Riansares acudió inmediatamente al lado de su hijo adorado; ni las aguas de Panticosa, tan eficaces en semejantes casos, ni las aguas calientes, ni cuantos remedios se intentaron y se pusieron en práctica, fueron bastantes para evitar el terrible golpe que experimentó la familia de S. M. la reina madre en la triste mañana del 17 de setiembre, en la que despues de haber recibido y pedido él mismo todos los Sacramentos, y con una resignacion



Don José María Muñoz y Borbon, conde de Gracia.

ejemplar, entregó su alma al Criador el excelente jóven, cuya corta existencia se habia visto colmada de todas las felicidades posibles, y cuya muerte ha causado tan profundas heridas en el corazon de sus tiernos y cariñosos padres, en el de sus queridos hermanos, y en el de sus numerosísimos amigos. Nosotros que teniamos el honor de contarnos en este número, no hacemos mas al escribir estas cortas lineas, que rendirle un último tributo de admiracion y cariño.

CARLOS DE OCHOA.

Bendicion

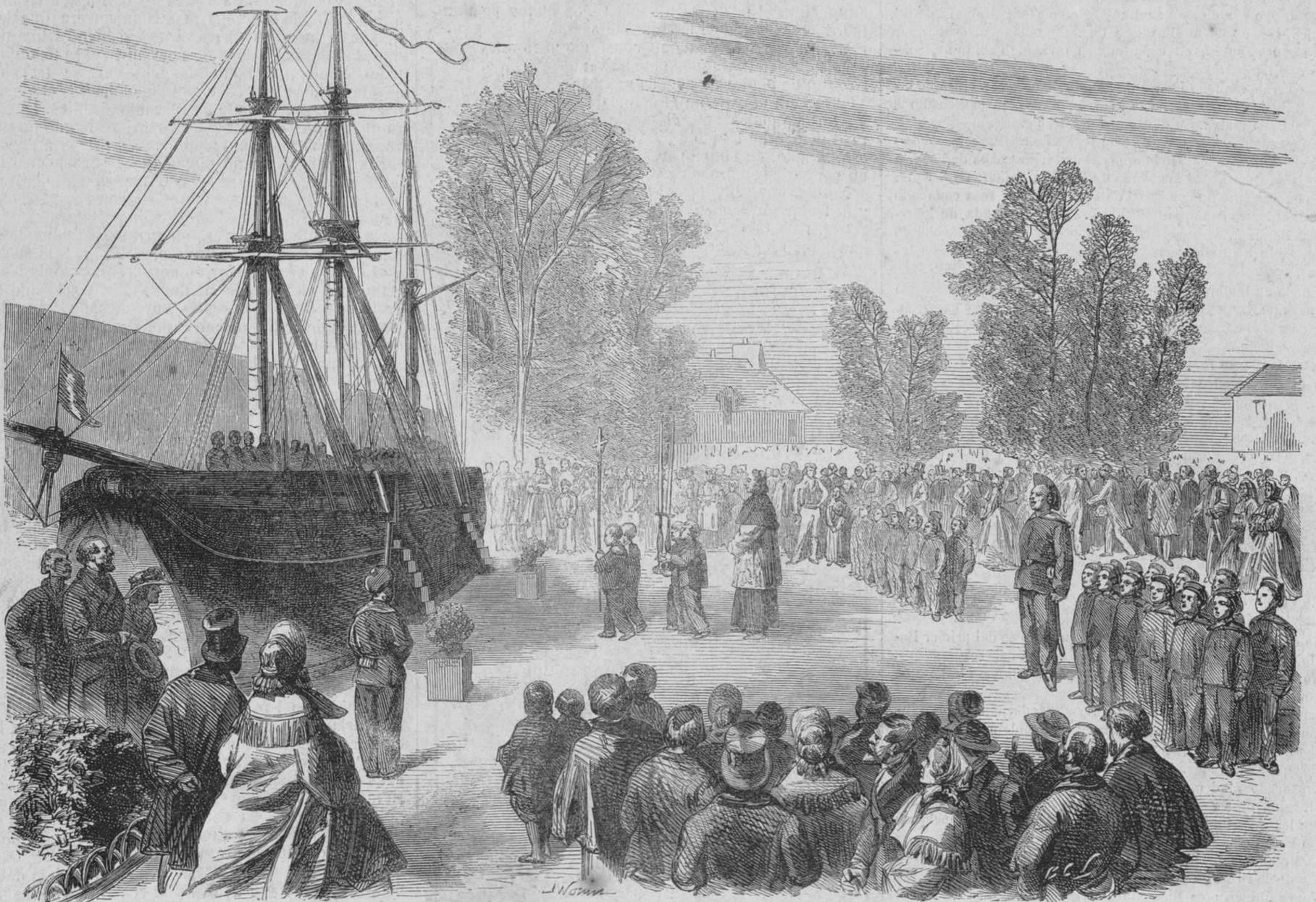
DE LA CORBETA ESCUELA DE LOS PUPILOS DE LA MARINA EN BREST.

Hé aquí un dibujo que representa la bendicion de una corbeta destinada á la instruccion de los pupilos de la marina francesa en Brest. Como el establecimiento está colocado bajo el patrocinio de S. M. la emperatriz, se habia elegido para esta interesante ceremonia el 15 de noviembre, dia de santa Eugenia.

La corbeta, que está hundida en la tierra hasta la línea de flotacion, ocupa el fondo de un vasto patio; es un bonito buque perfectamente construido y aparejado donde se formarán buenos marinos.

Llaman pupilos á los chicos de siete á trece años, y á fin de evitar los golpes que se podrian dar cayendo de los palos, han puesto unas redes para que los reciban á la caída.

Despues de la bendicion de la corbeta por el capellan del establecimiento, el vicealmirante conde de Gueydon, prefecto marítimo, pasó con las autoridades que le acompañaban al interior del cuartel, donde se repartieron premios entre los pupilos; estos premios consistian en cuchillitos, papel de cartas, juguetes, etc. Fácil es adivinar si quedarian contentos estos marinos en ciernes. P. L.



Bendicion de la corbeta de instruccion destinada á los pupilos de la marina en Brest.